

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1863. — TOMO XXII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

AÑO 22. — N° 561.

Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

## SUMARIO.

**Jubileo en favor de la Polonia;** grabado. — **Señora doña Juana Manuela Gorriti.** — **Boleslao Kolyszko;** grabados. — **Inauguración de la estatua de Santiago van Artevelde;** grabado. — **Inauguración del ferro-carril de Lorient á Quimper;** grabado. — **Revista de Paris.** — **Los objetos de lujo.** — **Miramar;** grabado. — **Las vendimias en las cercanías de Paris;** grabado. — **Si haces mal no esperes bien.** — **El guante negro.** — **Apuntes sobre la expedición de Cochinchina;** grabados. — **Excavaciones del teatro de Baco en Atenas;** grabados. — **Sacrificio y recompensa.** — **Los últimos cuentos de Edgardo Poe.** — **Problemas de ajedrez;** grabado. — **El Bitriciele;** grabado.

## Jubileo

EN FAVOR DE LA POLONIA

CELEBRADO EN ROMA.

Damos en esta página el retrato de Juan Sobieski y de su familia, copiado de una estampa de aquella época, con motivo del jubileo en favor de la Polonia que acaba de celebrarse con ostentación en la corte pontificia en conmemoración de la gran batalla ganada por el rey de Polonia contra el ejército otomano que sitiaba á Viena. A continuación publicamos una correspondencia de Roma, en la que se dan interesantes pormenores sobre las fiestas; pero antes parecenos oportuno recordar aquí algunos de los rasgos que han hecho inmortal el nombre de Sobieski.

Sobieski (Juan) ó Juan III, rey de Polonia y uno de los héroes de este pais, nació en 1629, de una familia antigua, y que habia producido ya grandes ciudadanos. Empezó á servir en 1648, y se cubrió de gloria combatiendo contra los suecos; fué nombrado gran general de la corona en 1667, é indignado por la debilidad del rey Miguel, que habia concluido una paz vergonzosa con

los turcos, se apoderó del gobierno en 1673, derrotó á los turcos, y subió al trono á la muerte de Miguel. Sus esfuerzos para levantar á la Polonia de la prostración en que yacia fueron infructuosos, no obstante el valor que desplegó, y cercado por los turcos en 1676, tuvo que ceder á Kaminietz y una tercera parte de la Ukraina. Llamado en socorro del Austria, libertó á Viena el 13

de setiembre de 1683 con 30,000 hombres contra 300,000 que contaban los otomanos, salvó á la casa de Habsburgo de una ruina inminente, aseguró por esta parte el poder de la cristiandad, y dió un golpe al poderío otomano, del que no se ha levantado despues. Sin embargo, el emperador Leopoldo pagó mal los servicios de su valiente aliado, y Sobieski despues de muchas invasiones en la Moldavia y la Besarabia, se vió obligado á firmar la paz de Moscou en 1686, que consumó la ruina de la Polonia. Los últimos años de su reinado fueron turbados por discordias intestinas y varias excursiones de los tártaros.

Hé aquí ahora la correspondencia relativa á las fiestas, fechada en Roma el 16 de setiembre.

« Admirable ha sido el espectáculo que ha ofrecido la ciudad eterna durante los ocho dias en que la imagen del Salvador ha estado expuesta en la basilica de Santa Maria la Mayor, con la extraordinaria afluencia de fieles que han acudido á implorar los auxilios del Dios de los ejércitos, y no menos admirable el de la magnífica procesion del 13 del actual, en que la imagen del Salvador ha sido trasladada á la basilica, que es madre y cabeza de to-



Juan III Sobieski, rey de Polonia, y su familia. — Dibujo copiado de la estampa antigua de M. Matejko.

das las iglesias de la ciudad y del mundo. Era el aniversario de la libertad de la cristiandad por el inmortal Sobieski, y al mismo tiempo la fiesta del Dulce Nombre de María, establecida por Inocencio XI, á fin de eternizar la memoria de aquel admirable triunfo.

Pío IX había elegido para la ceremonia expiatoria en favor de la nación mártir, el día que recordaba el mas glorioso é imponente motivo de gratitud á la misericordia divina por parte de esa Europa que sin ruborizarse de su ingratitud nada quiere hacer en favor de la Polonia. Era además una advertencia muy significativa dada por el papa al Austria y al sucesor del emperador Leopoldo. Gran número de peregrinos han venido de diferentes comarcas de Italia y aun del extranjero, durante la primera semana del jubileo; por lo tanto, la concurrencia á la segunda procesion fué todavía mayor que la primera, y como testigo ocular no exagero al decir que asistieron 150,000 personas. El espectáculo era grandioso, admirable, único.

La inmensa plaza de Santa María la Mayor, la calle que tiene una milla de extension entre la basilica Liberriana y de Letran, el inmenso espacio desocupado que hay al rededor de esta última, y por fin las paredes de los jardines y los balcones y ventanas de las casas y del palacio apostólico, presentaban á la vista una masa compacta, un vasto océano de cabezas, entre las cuales pasaba la procesion como una de esas corrientes que interrumpen á veces la superficie de la mar. El efecto era pintoresco, é imponente; parecia una interminable cinta blanca salpicada de cirios como estrellas, y cortada de distancia en distancia por esa especie de tiendas ambulantes de seda, que son el signo distintivo de las basílicas de Roma.

Luego seguia la imágen del Salvador en su capilla portátil de terciopelo carmesi bordado de oro, precediéndola los tres cardenales arciprestes de las tres basílicas patriarcales, que se deslizaba lentamente sobre la multitud prosternada entre los grandes árboles que formaban sobre ella una bóveda de verdor y los restos esparramados del acueducto de Neron. Detrás de la imágen seguian los obispos y prelados.

Solo algunos distinguidos extranjeros tuvieron la honra de unirse á ellos precediendo á las dos compañías de cazadores pontificios y al regimiento francés que, como el otro día, daban la guardia de honor. Entre estos extranjeros figuraba el principe Constantino Czartoryski. Detrás de la guardia de honor seguian los fieles en número que bien puede decirse incalculable; nunca se ha oido en la ciudad eterna un coro tan nutrido; nunca se ha pronunciado un *Libera nos* mas enérgico en favor de los oprimidos. El magnifico himno italiano,

Perdono, mio Dio,  
Perdono, pieta,

ese himno entonado por 40,000 voces, se parecia al mugido de las olas y arrancaba lágrimas de ternura á los que por primera vez oian esta inefable excitacion á la piedad del Dios que rescata las naciones.

Al llegar á San Juan de Letran, la milagrosa imágen fué colocada en el altar mayor y casi cerca del estandarte otomano que Juan Sobieski envió al sumo pontífice, y que se desplegó sobre ella con toda la gloria histórica de la nación mártir. Produjo un admirable efecto, aun cuando solo fuese bajo el punto de vista pintoresco. Un gran número de candelabros daban realce á la magnificencia del altar mayor y hacian resplandecer el oro y piedras preciosas, entre las cuales se presenta rodeada de una aureola de brillantes reflejos la prodigiosa imágen del Salvador. Añada Vd. á esto el espectáculo de la inmensa multitud continuamente renovada, que á todas horas del día llena las tres espaciosas naves de la basilica, y apenas se formará Vd. una idea aproximada del espectáculo que se ofrece á nuestra vista. Dos eclesiásticos están constantemente de pié en el altar para hacer tocar á la milagrosa imágen los rosarios, medallas y objetos de devocion que les entregan continuamente los fieles. Desde el domingo la afluencia de los católicos es mas considerable todavía en San Juan de Letran que en Santa María la Mayor. La larga calle que conduce del Coliseo á la basilica está continuamente atestada de gente. Las órdenes religiosas, las cofradías, los beneficiados de las parroquias de Roma siguen unas á otras en continuas procesiones. Hoy he visto dirigirse al jubileo la parroquia del palacio apostólico, es decir, la servidumbre del papa acompañada por los cardenales Borromeo y Pacea. ¿Qué podré decir á Vd. de la incontable multitud de carruajes de toda clase que en un instante han convertido los barrios mas desiertos de la Roma de los Césares en la parte mas animada de la ciudad eterna?

El día de hoy era el último señalado para la exposicion de la milagrosa imágen; pero los pueblos de Latium, Sabina, Campania y Apeninos han enviado al padre santo un número extraordinario de comisiones, diciéndole que querian todos rogar ante la imágen milagrosa por las necesidades de la Iglesia y de la infortunada Polonia, y han rogado á Su Santidad que prolongue la exposicion por algunos días, á fin de darles tiempo de ir á Roma. En su consecuencia, el cardenal vicario ha dispuesto que la imágen *Acheropita* quede expuesta á la veneracion de los fieles hasta el 20 de setiembre inclusive.

Ayer el papa se dirigió de improviso á San Juan de Letran, á fin de visitar por segunda vez el *palladium* de Roma. Pío IX ha sido vitoreado en todas partes. A su paso ha encontrado una nueva procesion polaca que subia á San Juan cantando las letanias de los Santos en su bello idioma; dicese que este espectáculo le ha con-

movido vivamente. Por su parte los polacos lloraban enternecidos de ver á su querido pontífice orando á su lado por la infortunada Polonia.

En el librito de las letanias impreso *ad hoc* en la imprenta de la Cámara Apostólica, se lee este versículo que se hallaba en desuso: *Ut turcorum et hæreticorum conatus reprimere, et ad nihilum redigere; te rogamus, audi nos.* Los moscovitas son ahora considerados como turcos.

Créese en esta que los obispos de Francia y aun los de la cristiandad, imitando el ejemplo del padre santo, dispondrán públicas rogativas en favor de la Polonia. »

### Señora doña Juana Manuela Gorriti.

Uno de los mas célebres jefes de la escuela de la fantasía en la novela (no decimos de la novela fantástica) el ingenioso Stahl, ha dicho:

« Hay árboles cuyas hojas tiemblan y se estremecen al acercarse una mujer;

Hay flores que se inclinan bajo la planta femenina, como si quisieran de este modo enviarles con mas seguridad sus mas ricos perfumes;

La misma tempestad ama á esa clase de mujeres, y los vientos enfurecidos se aplacan á su voz;

Las constantes ternuras del céfiro son para esas mujeres; y si algo acaricia con amor, es, sin duda, los rizos perfumados que rodean sus bellas facciones. »

Si Stahl hubiera visto á la señora Gorriti y si hubiera leído sus obras, habria exclamado: Hé ahí una de las mujeres de que hablo.

Belleza de cuerpo, nobleza de sentimientos, elevacion de ideas, bondad de corazon, prendas del alma, — gracia en el decir y talento para contar; eso, mas que eso — las decepciones y las lágrimas forman la aureola que brilla sobre la inspirada frente de esta literata americana.

No pulsa la lira, pero tiene inmensos tesoros de poesía en el alma. No ha cultivado el arte del ritmo y de la rima; pero en su sencilla y sentimental prosa nos revela las armonías de su corazon; armonías elegiacas, si se quiere.

Que la hermosa escritora ha sufrido, no hay quien lo ignore en las orillas del Plata ni en las riberas del Pacífico. Pero ella misma nos lo dice en uno de sus mas bellos escritos. La autora de la poética y enternecedora biografía de GÜEMEZ se expresa así, al empezar esa obra:

« ¡Ah! yo tambien, sombra viviente entre esas varias sombras, yo tambien voy allí con el recuerdo á reconstruir mi vida despedazada por tantos dolores, y extraer del delicioso oasis de la infancia algunos rayos de luz, algunas flores para esmaltar y perfumar mi camino. ¡Ah! ¡ cuántas veces, huyendo del desolado presente, he tenido necesidad de refugiarme, como á mi único asilo, en las sombras del pasado, y evocar las nobles acciones de los muertos para olvidar las infamias de los vivos; asirme á la memoria de las virtudes de aquellos, para olvidar que la Providencia ha permitido los crímenes de estos; colocar en la misma balanza la deslealtad, la perfidia, la cobardía y la impiedad con que los unos han escandalizado y contristado mi juventud, y la lealtad, la fe, el heroísmo y la piedad con que los otros ungieron mi infancia — para poder decir: ¡Dios es justo! »

¡Cuánto dolor y cuánta amargura no revelan esas líneas trazadas con tan valiente pluma, y esas ideas expresadas con tan triste y noble lenguaje!

Si, como se ha dicho, todo dolor tiene su culto, tributemos el nuestro al inmenso dolor que ha desgarrado aquel corazon, y no descorramos, profanos, el velo que encubre los secretos de aquella alma tan noble...

La señora doña Juana Manuela Gorriti nació en la provincia de Salta, república argentina, en junio de 1819. Su padre fué un hombre de letras, abogado, administrador y guerrero. Fué íntimo amigo y compañero de Güemez; y esto solo haria su elogio. Como aquel, si no murió bajo las balas de los traidores, fué inmolado por el puñal de la ingratitud y de la calumnia. Por servir á su patria fué perseguido y murió lejos de su hogar, llevando hasta el último día de su vida el traje del proscrito.

La jóven dama de quien venimos ocupándonos, tuvo que emigrar con su padre cuando apenas contaba doce años de edad. La familia proscrita se asiló en Bolivia.

En esa república existia un hombre de triste celebridad en América, á quien se conoce bajo el nombre de Isidoro Belzú. Y fué á ese hombre á quien tocó la alta dicha de ser el esposo de tan cumplida mujer. Cierta escritor, al hablar de madama de Girardin, ha dicho: « Su único defecto es su esposo. » Esta frase es injusta al referirse á un hombre tan eminente (y adviértase que mas de una vez hemos combatido las ideas del redactor de la *Presse*) como M. de Girardin; — pero aquella frase parece expresamente preparada cuando se habla de la señora de Gorriti y de Belzú.

Echemos en olvido los episodios de la vida de la ilustre argentina, pues no nos creemos autorizados para describirlos... En 1845, los literatos de Lima, como todos los de la América latina, leian con encanto una novela de alto mérito titulada la *Quena*. Su autora era la señora de Gorriti. La prensa colmó de merecidas alabanzas á tan notable escritora. Luego dió á luz el *Guante negro*. En el *Iris*, periódico literario de Lima, publicó algunos fragmentos del diario que lleva por título *Al-*

*bum de un peregrino*, y otra novela — *la Hija del mas-horquero*.

En 1858, las columnas del *Liberal* se engalanaron con una obra de mucho interés, redactada por la experta pluma de la literata argentina: ese libro tenia el título de *Un drama en el Adriático*; y á este siguieron otros no menos importantes: *el Lecho nupcial*, *la Duquesa*.

La *Revista de Lima* tuvo la fortuna de contar entre sus colaboradores, desde 1860, á la señora de Gorriti, quien ha publicado en esas páginas *el Ramillete de la velada*, *el Lucero del manantial*, *Gubi-Anaya*, *Memorias de un bandido*, *Si haces mal no esperes bien*, *el Angel caido*.

En la *Revista del Paraná* de 1861, hemos leído la bellísima biografía de Güemez, que hasta cierto punto recuerda algunos de los escritos de Pelletan, sin que por esto pierda nada de su originalidad. Creemos que tambien fué en esa revista donde se publicó la novela de tan brillante escritora: *la Duquesa de Alba*.

Se nos ha asegurado que la señora de Gorriti se prepara á publicar dos nuevas obras: *el Pozo del Yokú* y *la Novia del muerto*.

Sin galantería, sin ceder á la simpatía natural que nos inspiran los literatos americanos, cualquiera que sea la bandera política que sigan, declaramos que hemos leído con deleite todas las obras de la fecunda escritora de Salta, que desde 1845 puebla con sus armonías las encantadoras orillas del Rimac.

La señora doña Juana Manuela Gorriti no pertenece como Jorge Sand á una escuela filosófica, ni como esta tiene los refinamientos del arte y del estilo; pero en cambio posee el sentimiento de lo bello y de lo bueno que distinguió á la autora de *Margarita ó los dos amores*, la malograda Sofia Gay, madama de Girardin. Sin la correccion de lenguaje de Fernan Caballero, tiene como esta afamada escritora española el amor á la verdad, á la sencillez, y sin ser realista, describe fielmente la naturaleza, animándola con los tintes de lo ideal. La escritora no olvida á la mujer; la literata recuerda siempre que es cristiana; y por eso sus novelas y sus crónicas son recreativas, morales, y pueden sin recelo ponerse en manos de las vírgenes y entrar por la puerta principal en el hogar de la familia que mas dada sea á la práctica de la virtud.

Lejos está la literata argentina de poseer las ricas facultades de la autora de *Indiana* y *Valentina*; pero lejos está la escritora francesa de poseer la noble sencillez y el espíritu moralizador de la autora del *Lucero del manantial*. Aquella se presta mucho á la discusion, y conmueve todas las pasiones; esta arrulla dulcemente el alma y hace pasar las horas en grata paz. La literata francesa ha perdido su sexo, como dice M. de Lamartine, en las luchas filosóficas y políticas. La literata argentina se ha mostrado mujer por el corazon y por el lenguaje, por la sencillez y la moralidad.

La novela, despues de la forma dramática, ha dicho Planche, es la forma mas popular del pensamiento; pero si puede sanar muchas heridas, puede tambien abrir otras que son incurables. Esto lo ha comprendido por intuicion la señora de Gorriti, y por ello trata de armonizar la pureza de la forma con la elevacion de los sentimientos. En muchas de las novelas de la literata argentina hay ausencia de episodios, los caracteres están apenas delineados, las descripciones dejan que desear; pero en cambio hay rapidez en la accion, altura en los pensamientos, dignidad en la expresion, moralidad en el fin que se propone; y si las descripciones son cortas, las que presenta son exactas y revelan lo que hoy se llama el sentimiento estético y el color local.

EL LUCERO DEL MANANTIAL, episodio de la dictadura de don Juan Manuel Rosas, es una deliciosa produccion, que en estrechas dimensiones contiene todos los elementos de una novela, y que recuerda las leyendas y baladas de la severa y melancólica Escocia.

En los últimos confines del Sur, cerca de la frontera que separa á los salvajes de las poblaciones cristianas, se hallaba un fuerte medio arruinado, y lo guardaba un destacamento de las fuerzas veteranas de la república. El comandante tenia una hija, que era un ángel.

« Maria era la flor mas bella que acarició la brisa tibia de la Pampa.

» Alta y esbelta como el junco azul de los arroyos, semejábale tambien en su elegante flexibilidad. Sombreada su hermosa frente una espléndida cabellera que se extendia en negras espirales hasta la orla de su vestido. Sus ojos, en frecuente contemplacion del cielo, habian robado á las estrellas su mágico fulgor; y su voz dulce y melancólica como el postrer sonido del arpa, tenia inflexiones de entrañable ternura que conmovian el corazon como una caricia, y cuando en el silencio de la noche se elevaba cantando las alabanzas del Señor, los pastores de los vecinos campos se prosternaban creyendo escuchar la voz de algun ángel extrañado en el espacio.

» El viajero que á lo lejos la divisaba pasar envuelta en su blanco velo de virgen, á la luz del crepúsculo, bajo las sombras de los sauces, exclamaba:

» — ¡Es una hada!

» Pero los habitantes del Pago respondian:

» — Es la hija del comandante, el LUCERO DEL MANANTIAL.

» El adusto veterano, antiguo compañero de Artigas, desarrugaba solo el ceño de su frente surcada de cicatrices para sonreír á su hija.

» Para aquellos hombres hostigados por frecuentes

invasiones y cuyos rostros tostados por el sol de la Pampa expresaban las inquietudes de una perpetua alarma, era María una blanca estrella que alegraba su vida deramando sobre ellos su luz consoladora.

» Pero ella, que era la alegría de los otros, ¿porqué estaba triste? ¿qué sombra había empañado el cristal purísimo de su alma?

» La hora del dolor había sonado para ella, y María pensaba... pensaba de amor.

La joven tuvo un sueño, un sueño de amor que al mismo tiempo le produjo honda pena y la llenó de terror.

En medio de charcos de sangre y sobre montones de cadáveres, la joven vió que alzaba arrogante la frente un joven bello con la belleza del arcángel maldito; iba blandiendo un puñal; se acerca á María, y la virgen, á pesar del temor que le inspiraba, se sentía arrastrada hacia él. Su corazón le decía: — Amalo.

Al despertar, llena de sobresalto, pasó la mano por su blanca frente, y repitió consolada: ¡Era un sueño! y como el alba había rayado, la intrépida amazona fué en busca de su favorito alazan. Saltó gallardamente sobre el lustroso lomo del noble animal, y desapareció en medio de los vastos horizontes de la Pampa. El corcel, sintiendo su ligera carga y reconociendo el camino de su «agreste patria, sacudió su larga crin, mordió el freno, y burlando la débil mano que le regia, partió veloz como una flecha, saltando zanjas y bebiendo el espacio.

El bruto atravesó el linde que separaba el campo cristiano del inmenso territorio de los salvajes. María, pálida de espanto se creyó perdida, cuando sintió que el alazan se abatía sobre sí mismo, embolado por una mano invisible.

La joven se desmayó; y al volver en sí se halló en los brazos de un hombre que la observaba con encanto. La virgen contempló á ese hombre; era un apuesto y gallardo mancebo; pero ¡ay! « ¡era el fantasma de su sangriento ensueño! »

El joven (y esto es de suponerse por el relato de la autora) condujo á María cerca del fuerte, pues en la noche siguiente, y en las que se sucedieron, la vemos « con la mirada fija, medio desnuda y oculta tras las vestustas ojivas, esperando á un hombre que llegando cautelosamente al pie del ombú, asiase á sus ramas, escalaba la ventana y caía en sus brazos. »

María lo llenaba de caricias y le hacía mil protestas de amor, aun cuando no le ocultaba el temor que le inspiraba. Ese hombre se llamaba Manuel. El le hablaba con pasión, y las horas se deslizaban para los dos amantes entre caricias y promesas.

Pero una noche llegó, terrible para María, en que no vió al hombre que había dispuesto de su corazón y de su honra... Por el mismo tiempo estalló la guerra civil, « y el fragor del cañon homicida ahogó las risas y los gemidos. »

La joven se sintió madre. Antes de que se hiciera público su deshonor, resolvió darse la muerte. Pero cerca de ella velaba un hombre de corazón bien puesto, de sentimientos generosos, y que aun cuando conocía el secreto de la joven, la amaba con delirio: — « Te amo, le dijo, y mi amor ha penetrado el secreto de tu dolor. ¿Quieres confiarte á mi? seré tu esposo, tu amigo, y... el padre de tu hijo. »

Muchos años corrieron tranquilos para tan dulce pareja, y la nobleza del esposo había hecho casi olvidar la terrible escena á la engañada y digna mujer.

Enrique, fruto del vedado amor primero, era reputado como hijo de Alberto, el salvador de la seducida María. Diez y seis años habían transcurrido, cuando un día de verano, una silla de posta atravesó las calles de Buenos Aires y penetró en el patio de una casa sita en uno de los mas hermosos barrios. Una bella mujer bajó del carruaje para encontrarse en los brazos de un hombre de distinguido porte. Este era Alberto, y la dama era su esposa — era María.

La primera pregunta de la madre fué: ¿Y mi hijo? El padre le contestó que en aquel día sellaba con lucimiento su carrera escolar. Pero tambien en aquel día debía Alberto concurrir á las sesiones de la cámara de representantes, de la cual era presidente. Tratabase de una cuestion muy grave: Rosas pedía que se le concedieran poderes dictatoriales, y Alberto, aun cuando su amigo y confidente, se preparaba á combatir tal proposición. Era su deber, y siempre había seguido los dictados de su conciencia.

Mientras que el padre salía, el hijo entraba. Pasados los primeros momentos de efusion entre María y Enrique, este se dirigió á la Cámara con el fin de « aplaudir á su padre con la voz y con el alma. »

La proposición de Rosas es presentada á los representantes del pueblo. Dominados todos por el terror que ya había empezado á reinar, solo dos se atrevieron á contrariar la voluntad del que ya era dictador de hecho: esos dos ciudadanos fueron el obispo de la metrópoli y Alberto.

Cuatro hombres enmascarados penetraron en el instante en el recinto de la Cámara, y dirigiéndose á la silla del presidente, clavaron un puñal en el corazón de Alberto...

Enrique entraba en este momento, y solo pudo arrancar el arma homicida del pecho del hombre que reputaba como padre, y jurar al cielo que vengaría tan infame asesinato.

Al día siguiente, en Buenos Aires imperaba la sangrienta dictadura del salvaje de las Pampas. Corría el rumor de que un joven había atentado contra la vida del tirano, y que habiéndosele aprehendido, se le había juzgado sumariamente, y condenándosele á muerte.

En efecto, al frente del palacio del dictador se elevaba un banquillo, y allí se había llevado á un hermoso joven. Ya los soldados tenían inclinados los fusiles y estaban prontos á hacer fuego, cuando aparece una mujer pálida y desgñada, y ruega al oficial que aguarde algunos instantes, pues va á implorar la clemencia del dictador.

Esa mujer era María. El que iban á fusilar era Enrique. El hijo prohíbe á la madre que se degrade hasta el punto de pedir gracia al asesino de Alberto. Pero la madre solo oye la voz del corazón, y parte sin tardanza hacia el palacio del tirano. Se abre paso y llega hasta el gabinete en que se hallaba la hiena conocida bajo el nombre de Rosas; pero al ver las facciones de ese hombre, María siente que la voz se le detiene en la garganta, y cae como petrificada.

Pocos instantes despues se oyó una detonación, y María solo pudo exclamar: — ¡Manuel! ¡Manuel! ¿qué has hecho de tu hijo? »

Una noche los indios vieron que una mujer vagaba por entre las ruinas del fuerte del Pago, destruido por los salvajes que habían asesinado al anciano comandante. Esa mujer pálida, desgñada, vestida de luto y llevando la muerte en el alma y el corazón, era María, el Lucero del manantial.

*El Guante negro* es un episodio de la sangrienta tiranía de Rosas. Ramírez era un valiente militar, un corazón leal, un coronel de la república argentina, que no viendo los crímenes de Rosas, solo pensaba en la causa federal y en la amistad que había jurado al dictador.

Wenceslao era hijo del coronel Ramírez: valiente como su padre, hermoso e inteligente, acababa de recibir una herida en un tremendo combate cuerpo á cuerpo. Su corazón se hallaba dividido entre dos amores; amaba á Manuela Rosas, por ambición y vanidad; amaba á Isabel, hija de un cumplido patriota, una de las víctimas de la Mas-horca. Pero el amor por esta bella y encantadora virgen, era el real y verdadero.

En una tarde serena de verano, Manuela Rosas se presentó en casa de Wenceslao, acompañada de un lacayo que vestía una rica librea. La hija del dictador iba allí conducida por tres motivos poderosos: Wenceslao seguía las banderas de su padre; Wenceslao había expuesto su vida por defender la honra de la joven; Wenceslao era el sueño de su corazón.

Cuando Manuela Rosas se aproximó al lecho del herido, este la saludó con gratitud y con amor; ella, si le manifestó sus sentimientos, fué mas con las miradas que con las palabras. Pero el joven, galante y ambicioso, se apoderó para besársela, de una de las manos de la peligrosa huri, y le descalzó el guante de seda negra que la encubría.

Pero los instantes corrian, y preciso fué que la hija del dictador se alejase, pues la esperaban en Palermo, residencia del tirano.

Cuando apenas había salido aquella del aposento de Wenceslao, penetró por una puerta secreta otra joven, pura, encantadora, inteligente y fiel: era Isabel que iba á curar las heridas del enfermo.

Al verla Wenceslao, dió rienda suelta á sus verdaderos sentimientos. La ambición cedia el puesto al amor.

Los dos jóvenes departían agradablemente, é Isabel le daba cuenta de los funestos presentimientos que la asediaban, cuando el reloj del salon anunció que era media noche.

Isabel debía partir, pero antes era preciso curar á su enfermo.

Manuela Rosas había dejado el fatal guante negro, y en la parte interior, sobre la cinta que cubre el resorte se leía el nombre de su dueño. Wenceslao había colocado esa prenda sobre su corazón.

Isabel descubre aquel objeto, lee el nombre de su rival, odiada por ella con doble motivo, y lanza un grito. Luego declara al joven que todo queda roto entre ellos. A tiempo descubría aquel misterio para recordar el juramento que había hecho á su padre asesinado, juramento que ella quebrantaba al amor á un servidor del tirano.

Pero Wenceslao siente entonces todo el amor que profesa á Isabel; le pide perdón y le jura aceptar el sacrificio que le imponga, que cualquiera será leve á trueque de reconquistar su corazón.

— ¡Y bien! dijo Isabel: ¡si me amas, pruébame! partiendo para el campo de los unitarios!

Y desapareció al instante. El sacrificio pareció inmenso, inaceptable á los ojos de Wenceslao, y en su dolor, en la alternativa de perder á su amada ó de pasar por traidor, pensó en la muerte; llevó la mano al pecho y se arrancó el vendaje que cubría la herida.

Moribundo estaba y la sangre de su herida corría á torrentes, cuando llegó ese ángel de consuelo que se llama madre, y á fuerza de solícitos cuidados pudo reanimar al hijo querido, cuya primer palabra fué ¡Isabel!

Algunos días habían transcurrido y Wenceslao se hallaba casi del todo curado, cuando la madre sorprendió que su esposo se había llenado de furor al leer una carta que le acababan de llevar. El coronel Ramírez pronunció el nombre de su hijo, y saliendo con dirección hacia el jardín, habló con uno de sus mas fieles servidores, á quien dió orden para que cavase un hoyo de siete pies de longitud y seis de profundidad.

La madre, previendo una parte de la terrible verdad, corrió al gabinete del coronel, halló la fatal carta y la leyó: era una carta que Wenceslao había escrito á Isabel y que había sido interceptada por los agentes de Ro-

sas. En esa carta el joven prometía á su amada abandonar su bandera por recobrar su amor; le anunciaba que se pasaría al campo de los unitarios. A esa carta acompañaba el funesto guante negro de Manuela Rosas, y el joven suplicaba á Isabel que lo hiciera llegar á su dueño.

Cuando la madre, dominada por el terror, puesto que conocía el terrible secreto de su esposo, se halló en presencia de este, le habló como habla en tales lances una madre: apeló á las súplicas, á las lágrimas, — manifestó al implacable militar toda la crueldad de su pensamiento, pues se resistía á creer que pusiera en práctica tan criminal proyecto. Al fin se pudo convencer de que era inalterable la resolución del padre, quien extraviado por un falso sentimiento de honor y de lealtad, que solo hubiera legitimado una noble causa, estaba decidido á asesinar al hijo que consideraba como traidor.

Entonces la madre tomó el puñal que el coronel había colocado sobre una mesa, y lanzándose sobre él, le dijo:

— ¡Pues muere tú! muere, porque yo quiero que mi hijo viva.

Y la mujer hundió el puñal en el pecho de su esposo.

En ese instante entraba Wenceslao.

— ¡Madre mia! ¿qué haceis? exclamó Wenceslao precipitándose sobre el cuerpo del coronel, que había caído muerto sin exhalar un suspiro.

La madre se volvió hacia él con la impasibilidad de la desesperación:

— ¡Mi esposo había jurado matar á un traidor, dijo ella; ese traidor era mi hijo, y yo he matado á mi esposo por salvar á mi hijo!

Wenceslao olvidó á Isabel al presenciar tan horrible escena, y al día siguiente, á la cabeza de su regimiento, fué á unirse con el ejército del famoso Oribe, ese digno compañero de Rosas.

En Quebracho Herrado hubo á poco tiempo una sangrienta batalla entre las tropas del tirano y las huestes de los patriotas, que muy inferiores en número y ocupando desventajosas posiciones, aceptaron la lid por no abandonar á la emigración que les seguía, y que no habría podido soportar una marcha forzada.

Cuando al fin se cansaron de matar heridos, de asesinar ancianos y mujeres, los soldados de Rosas y Oribe se retiraron á su campamento. Era alta noche, y una joven, con el cabello suelto al viento, la mirada extraviada, el paso vacilante, llegó al sitio de la carnicería. Era Isabel, que guiada por el instinto de la amante, descubrió, entre centenares de cadáveres de amigos y enemigos, el del dueño de su corazón — el de Wenceslao. á quien no había podido olvidar: el joven tenía en el pecho una herida profunda, de forma circular y bordes negros, y la herida estaba cubierta con el fatídico guante negro. Isabel cayó en tierra exclamando con hondísima amargura:

— ¡Hé ahí la mano de Manuela Rosas, que le ha despedazado el pecho por robarme su corazón!

Los cuadros de esa novela, verdadera *Nouvelle*, según la clasificación literaria de los franceses, que la distinguen del *Roman*, están admirablemente trazados: hay movimiento dramático, caracteres bien delineados, acción sostenida y rápida.

La autora del *Guante negro*, y lo repetimos, ha dado pruebas relevantes de que puede abordar con buen éxito la novela de grandes dimensiones y el drama en todas sus formas. En *el Guante negro* entran en juego el amor, los celos, la ambición, la sublime abnegación de la madre, el fanatismo de un falso punto de honor, el patriotismo y la venganza: elementos mas que suficientes, no diremos para un cuadro de novela, sino para una novela en debida forma.

Por no extendernos demasiado renunciaremos á presentar un análisis de otras piezas notables de la literatura argentina. El que desee extasiarse á la vez con los atractivos de la novela, con la enseñanza de la historia, con las profundas sensaciones de la tragedia, con los sublimes trasportes del poema, lea

GUEMEZ, RECUERDOS DE LA INFANCIA.

La novela, en sus diversas formas, cuenta ya en América con ilustres representantes: la señora de Avellaneda nos ha presentado, entre otras, á *Espatolino*, — *Daniel*, y con la señora de García, *el Médico de San Luis*, — Orozco, la *Guerra de treinta años*, — Lastarria, la *Mano del muerto*, — Fidel Lopez, la *Novia del hereje*, — José Mármol, la *Amalia*, — Bartolomé Mitre, *Solead*; y luego vienen con sus multiplicadas producciones, M. A. Matta, y con sus crónicas Ramos Arana, Palma, Quesada, etc., etc.

Pero leed sobre todo los hermosos escritos de la simpática é inspirada escritora del Plata:

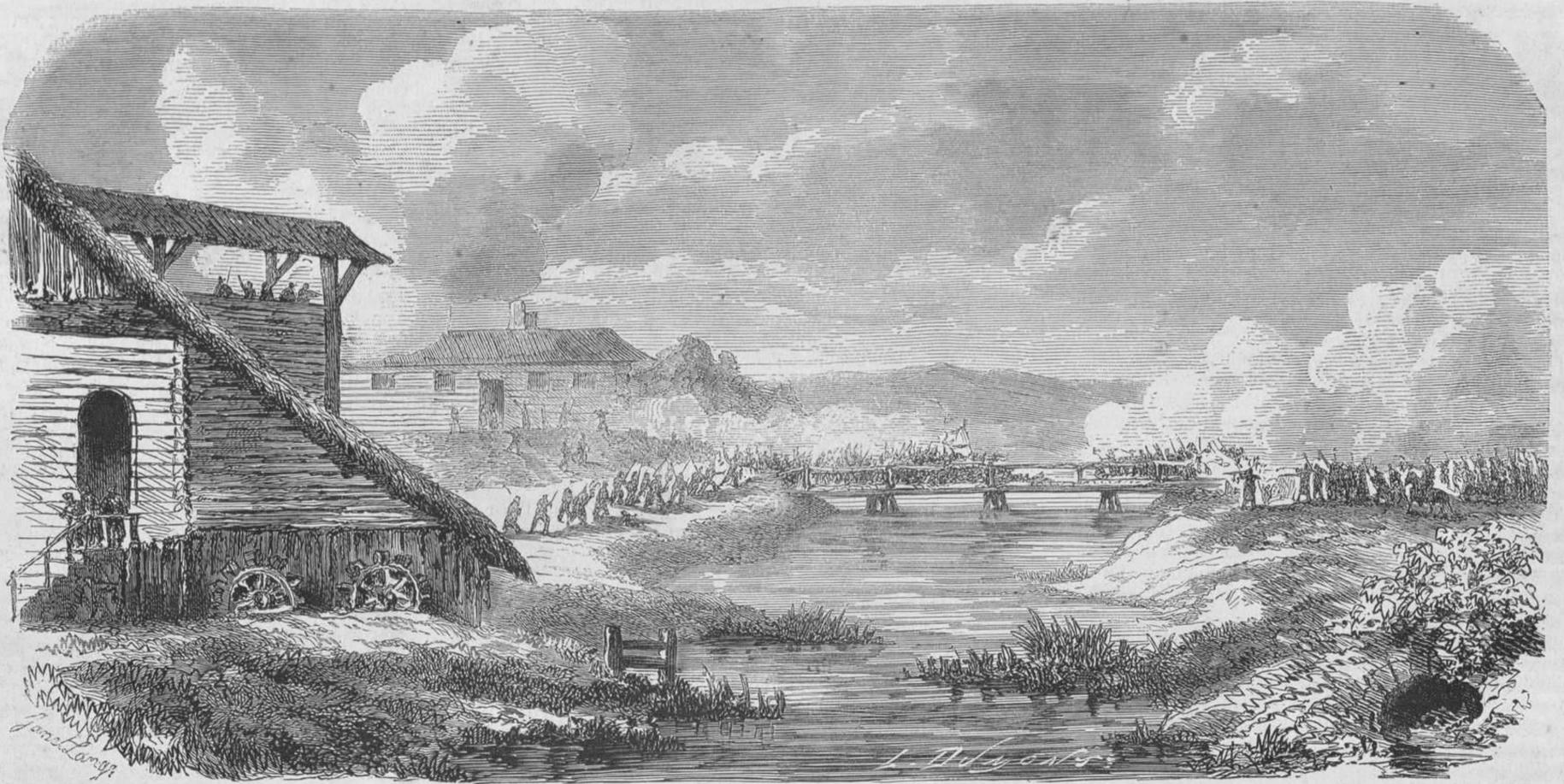
*Manibus daté lilia plenis.*

J. M. TORRES CAICEDO.

1863.

### Boleslao Kolyszko.

Boleslao Kolyszko nació en 1839 en el gobierno de Kowno, de padres acomodados; y despues de haber comenzado sus estudios en el liceo de Kowno, los continuó en la universidad de Moscou, donde fué uno de los instigadores del movimiento que estalló en 1862. Tra-



SUCESOS DE POLONIA. — Batalla de Konowice (ferro-carril de Varsovia).

tábase de una medida tomada por la autoridad para hacer pagar á los estudiantes pobres que hasta entonces se habían hallado exentos de todo pago, medida que obligaba necesariamente á los que se encontraban comprendidos en ella á dejar la universidad. Protestaron, y Kolyszko á su cabeza; los firmantes de la protesta fueron desterrados á Siberia, pero Kolyszko logró escaparse al extranjero, y llegó á Italia en la época en que se formaba en Génova el primer foco de la escuela militar polaca, que ha suministrado despues tantos y tan intrépidos defensores á la Polonia. Kolyszko entró en esta escuela, de donde salió al primer llamamiento de la patria. Llegado á Polonia, lo primero que hizo fué formar un destacamento, que aunque poco numeroso, se distinguió por su intrepidez, venciendo muchas veces á los rusos.

Sin embargo, á principios de junio, sorprendido y rodeado en las cercanías de Poniewiez por fuerzas muy superiores á las suyas, Kolyszko debió tocar retirada, y gravemente herido cayó en poder de los rusos.

¿Debemos recordar aquí el triste fin de esta carrera tan corta y tan gloriosa? ¿Debemos recordar con qué ferocidad los rusos han tratado á su víctima? Boleslao Kolyszko ha sido ahorcado en Vilna el 9 de junio por orden de Mourawieff.

H. C.



Boleslao Kolyszko.

### Inauguracion

DE LA ESTATUA DE SANTIAGO VAN ARTEVELDE.

Santiago van Artevelde nació en Gante por los años de 1290, de una familia noble que descendia de los antiguos señores de Gante. En su mas tierna juventud fué enviado á la corte de Francia, donde recibió una educacion digna de su nacimiento; tomó las armas y se distinguió en varios torneos: hombre de inteligencia viva y penetrante, de corazon ardiente y deseoso de instruirse, querido de los grandes por sus nobles aspiraciones, de la clase media por su afabilidad y la bondad de su carácter; dotado de las cualidades que mas tarde debía demostrar de un modo tan brillante; enérgico, atrevido, emprendedor y elocuente; admitido en la intimidad de Luis el Hutin, que le dió un empleo en palacio, nada le faltó para elevarse á una posicion eminente en la corte de Francia.

Los viajes que emprendió completaron su educacion. A los veinte años siguió al conde de Valois en su expedicion á Italia y a la isla de Rodas, sitiada por los turcos (1313), y así se inició en las cosas de la guerra. Su regreso a Gante tuvo lugar cuando estalló la guerra, por los años de 1316, entre los franceses y los flamencos.

En 1337 Gohier el Courtroisin fué preso por orden de Luis de Nevers, lo que ocasionó un descontento



Campamento ruso en Kielce.

general en Gante. Santiago van Artevelde había dicho al pueblo que si quería seguir su consejo de estar bien con la Francia y la Inglaterra, Flandes podía prometerse días mejores.

El 27 de diciembre de 1337 se celebró una asamblea general en la *Byloke*, y allí van Artevelde declaró en presencia de los oficiales del conde de Nevers, que el pueblo ya no podía permanecer fiel al juramento de obediencia, á menos de perecer de miseria. En aquella ocasion van Artevelde produjo en la multitud una impresion tal que todos corrieron á las armas, rodearon al héroe amenazado y le llevaron en triunfo á su domicilio.

Algun tiempo despues la poblacion se reunió y nombró cinco capitanes (*hoofdman*s). Van Artevelde fué elegido capitán del barrio San Juan y jefe de los otros cuatro, con cuyo motivo juró defender hasta la muerte los intereses populares, y pronunció estas palabras que conserva la historia: « Cuando me veais edificar un palacio ó casar mis hijas con ricos señores, no os fieis mas de mí y decid que he cambiado. »

Gracias á van Artevelde los ganteses pudieron ajustar un tratado con Reinaldo de Gueldre, en cuya virtud obtuvieron licencia para abastecerse de lana en Inglaterra.

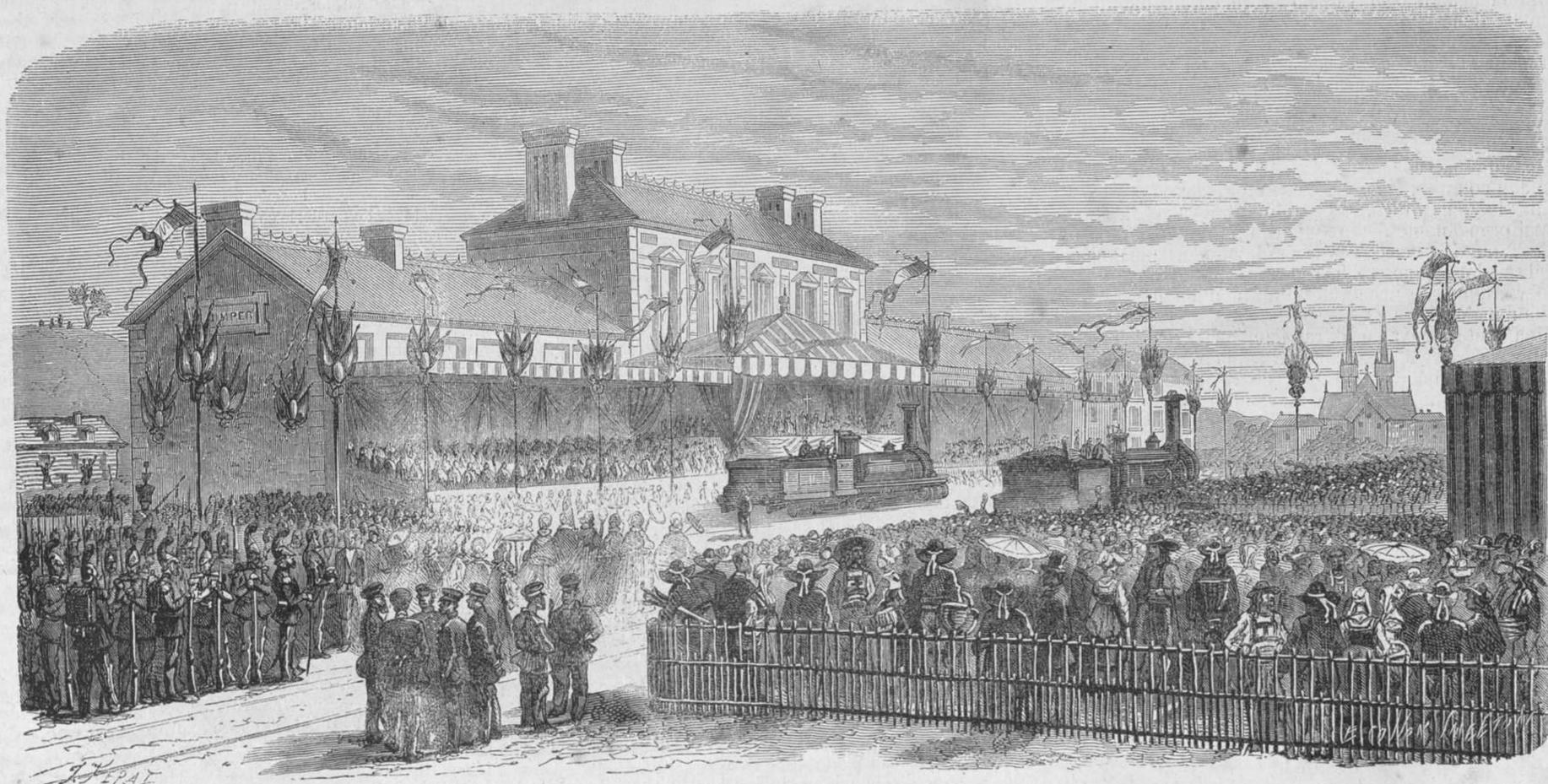
El 21 de marzo se supo en Gante que el caballero Gohier el Courtroisin había sido decapitado en el castillo de Rupelmonde, y que el papa había puesto en entredicho á Flandes. Ya las tropas francesas asomaban por las fronteras, y los nobles, así como los del partido de la Lys, se habían fortificado en la plaza fuerte de Biewliet. Van Artevelde, á la cabeza de la milicia gantesa, los derrotó. Se abrieron negociaciones, y se resolvió que los pueblos permanecieran neutros, pero que el conde y sus nobles podían alistarse bajo la bandera del rey de Francia. El tratado fué aprobado por este último y por el rey Eduardo de Inglaterra; mas apenas fué conocida la



Estatua de Santiago van Artevelde, inaugurada en Gante el 12 de setiembre de 1863.

rectificacion del príncipe inglés, cuando se recibió la noticia de que el rey Eduardo se dirigia hácia las costas de Flandes á la cabeza de una formidable armada. Van Artevelde sin titubear reúne las milicias flamencas, marcha hácia el Ecluse, y declara al monarca inglés que le considerará como enemigo de Flandes si toca á sus costas. Eduardo viendo con quien tenia que habérselas, cambia de rumbo hácia Amberes.

Con su energía y su valor, el capitán gantés había devuelto la fuerza á la patria, y ya solo esperaba una ocasion propicia para ejecutar el gran plan que había concebido. — Principió por hacer presente al rey de Francia que Flandes no continuaria en su obediencia, si no devolvía las ciudades de Lila, Douay y Orchies. El 11 de noviembre de 1339 abogó por su causa en Bruselas con los diputados de las ciudades, en medio de la asamblea de los aliados del rey Eduardo; allí el genio político del héroe brilló con todo su esplendor; allí rompió los lazos religiosos y políticos que ligaban su país al extranjero; allí estableció el tratado de alianza entre Flandes y el Brabante, que puede considerarse como la realizacion de su mas vasto proyecto. El congreso de Bruselas, cuya idea primera y resolucion fueron inspiradas por van Artevelde, esta allí para probar que aquel hombre no era un demagogo de un día, sino que era en aquella época lo que se ha llamado despues un hombre de Estado. El tratado entre Flandes y el Brabante, firmado por siete ciudades y cuarenta señores de cada país, estipulaba que el comercio entre las dos provincias seria libre, que solo se usaria una moneda, que cada vez que se elevara una dificultad entre las ciudades, la zanjaría no el empleo de las armas, sino un consejo compuesto de doce personas, á saber: cuatro consejeros, dos caballeros y otras seis personas elegidas en Lovaina, Amberes, Bruselas, Gante, Ypres



Inauguracion del ferro-carril de Lorient á Quimper. — Bendicion de las máquinas.

y Brujas. Tres asambleas debían tener lugar cada año, en las cuales los diputados propondrían los oportunos cambios y mejoras.

El astro de van Artevelde brillaba en todo su apogeo. Gobernaba a toda Flandes con su influencia, y en todas sus relaciones, la conducta de nuestro héroe se mostró llena de patriotismo. Sabiendo que la felicidad de los flamencos dependía de su industria, trató de aumentarla cuidando de que se concluyeran las obras del Lieue, que debía dar a la ciudad de Gante, por el Amersvliet ó el Ecluse, comunicaciones directas con el mar.

Había llevado al pueblo al campo de batalla y le había hecho respetar en el extranjero; se abría pues una nueva era. Trabajó sin descanso en la reorganización interior; pero existían en el país muchos elementos de discordia, para que hubiese posibilidad de crear una unidad gubernamental. El partido de Lys le había jurado un odio eterno; había rivalidades sangrientas entre las ciudades industriales; cada gremio formaba un cuerpo independiente de la villa, como cada villa en el país, y más de una vez apelaban a la fuerza para dirimir sus contiendas.

Las tres grandes ciudades de Flandes oprimían a los pueblos pequeños. Cansado de tropezar con obstáculos que se multiplicaban diariamente, el Ruwaert comprendió que era imposible gobernar sin príncipe, y dirigió sus miras hacia el joven príncipe de Gales, hijo de Eduardo: el 5 de julio de 1345, Eduardo llegó con su flota al Ecluse. Van Artevelde se avistó con él, y resolvieron juntos los medios que se habían de emplear para colocar en el trono al príncipe de Gales. Los enemigos de van Artevelde se aprovecharon de su ausencia para excitar al pueblo; murmuraron, le acusaron altamente de querer desheredar al conde legítimo, de querer reemplazar la antigua dinastía de los príncipes flamencos por una nueva. Van Artevelde volvió a Gante para exponer a los Estados de Flandes las intenciones de Eduardo, y a su entrada en la ciudad halló por do quiera rostros sombríos y coléricos. Durante la noche una cuadrilla del gremio de los tejedores cercó su morada, y el salvador de Flandes fué asesinado con diez de sus partidarios en el instante en que iba a escaparse por una puerta secreta.

La muerte de van Artevelde fué una calamidad pública para la patria; espiró al puñal del asesino sin haber cumplido la obra a que se había consagrado. Flandes, sin embargo, conservó señales imperecederas del genio del gran capitán. Durante su gobierno, el pueblo se elevó en las tres grandes ciudades que dominaban el resto de Flandes, el comercio y la industria se levantaron de su caída y llegaron al más alto punto de prosperidad.

Las fiestas organizadas para celebrar la inauguración de la estatua de este famoso tribuno, han sido espléndidas: Gante ha ofrecido el aspecto más animado y pintoresco que puede imaginarse. Las casas estaban revestidas de flores, de verdura, de escudos y de banderas. Los colores nacionales ondeaban en todas las ventanas; las calles estaban atestadas de curiosos. Nos faltaría espacio para dar aquí una narración completa de todas esas fiestas y regocijos, para describir tan variada colección de ornatos. La plaza del mercado del Viernes, donde se eleva la estatua, recibió una decoración magnífica, gracias a los inteligentes esfuerzos del arquitecto M. Duermael. La estatua colosal que la Bélgica agradecida erige a Santiago van Artevelde, cuya reproducción fotográfica publicamos, se debe al cincel de M. de Vigne-Quoy, y es una obra de arte notable, llena de mérito en los detalles, de una actitud muy noble y verdaderamente monumental; tiene cuatro metros de altura. La disposición de la estatua es tal que por todas partes ofrece líneas agradables: hasta por detrás, la uniformidad de los pliegues de la capa se halla interrumpida felizmente por la detención de esos pliegues en lo alto del escudo, sobre el cual descansa la mano de Artevelde.

El pedestal, adornado con los escudos de los gremios en los ángulos, consta de tres partes: el basamento levantado con algunos escalones; una base en cuyas esquinas hay cuatro leones heráldicos apoyados en el pedestal propiamente dicho; y por último, el pedestal con la estatua. Una hermosa verja gótica, adornada de candelabros del mismo estilo, rodea la estatua y completa la obra, que es la primera estatua monumental con que se ha dotado a Gante.

Una cantata cuyas palabras flamencas son del poeta popular M. Napoleon Destanberg, y la música de M. A. Gevaert (dos hijos de Gante que disfrutaban entrambos de una reputación justamente ganada), se ejecutó en el momento de la inauguración de la estatua por 700 cantantes y 500 instrumentistas. Las fiestas estuvieron honradas con la presencia de la familia real belga, y la de una porción de hombres ilustres que habían acudido de todas partes para asistir a la segunda sesión del Congreso internacional para el progreso de las ciencias sociales. La ciudad de Gante ha hecho a sus huéspedes una espléndida recepción. Las fiestas han durado ocho días: exposición de frutos, fiesta federativa de los trabajadores condecorados, conciertos, bailes, banquetes, reuniones, representaciones dramáticas gratuitas, bailes populares, fiesta veneciana, iluminación general de la ciudad, hé ahí el sumario de lo que la antigua y célebre ciudad de Gante ha ofrecido durante una semana a la muchedumbre que se apiñaba dentro de sus muros.

G. L.

## Inauguración

DEL FERRO-CARRIL DE LORIENT A QUIMPER (FRANCIA).

Hace cinco años cuando la inauguración del ferrocarril de París a Rennes, monseñor Saint-Marc, arzobispo de esta última ciudad, dirigió a las locomotoras una bendición que se parecía bastante a un anatema. Temblando por ver mezclada la antigua fe bretona con las invenciones del siglo, el prelado dijo a la máquina que mugía a sus pies: *Vade retro, Satanás!* Pero el demonio del camino de hierro que dice por todas partes: ¡Adelante! no retrocede fácilmente, y así ha sucedido que en lugar de una arteria ha abierto dos en la Bretaña. La compañía de Orleans se ha apoderado del litoral Sur, la compañía del Oeste ha tomado por su cuenta el litoral Norte, y hé aquí un doble camino que estrecha hoy a la Bretaña en sus dos brazos de hierro.

Solo en el día la antigua Armorica se halla cruzada por la vía férrea. La línea del corazón de la Bretaña va de Vannes a Saint-Brieuc, y al Norte como al Sur, esta línea se halla concluida. El camino de sesenta y cinco kilómetros (de Lorient a Quimper) que se ha inaugurado el 8 de setiembre, abre la poética región cantada por el tierno poeta de Maria. ¡Hé aquí el Scorff, el Leta, los dolmens, los men-hirs, las alegres romerías, los campos de trigo negro, los luchadores de Scaer y el foco de las leyendas maravillosas!

Con mucha emoción han visto llegar los bretones el día del casamiento del ferrocarril con la baja Bretaña, que anunciaron al modo de Taupin en *Diana de Lys*: «Tengo el dolor de anunciaros mi enlace con la señorita Aurora; el punto de reunión es la casa mortuoria.»

Sin embargo, no se vaya a creer que son estos los sentimientos de todos los bretones. La Bretaña esperaba hacia mucho tiempo la apertura de estas dos líneas, que ha sido celebrada hasta por sus poetas.

En Quimperlé, la ciudad principal atravesada por la nueva vía antes de llegar a Quimper, vivía el célebre Maturino, cuyo mágico oboe ha hecho bailar a toda la Bretaña. Durante treinta años este músico de aldea, que era ciego, se ha encontrado en todos los regocijos públicos de la Bretaña, guiado por Juan, su inseparable lazarillo.

La estación de Quimperlé presenta una obra de arte bastante notable, cual es el viaducto construido sobre el Leta por M. R. Morandiere, ingeniero en jefe de la línea. Este viaducto es de granito, de un aspecto rústico muy elegante. Compónese de siete arcos de quince metros de abertura, y presenta un largo total de ciento cincuenta y seis metros. Es una hermosa obra.

En Quimper tuvieron lugar las fiestas de la inauguración. La antigua ciudad bretona solo dista ya diez y siete horas de París, y los forasteros pudieron ver allí los verdaderos tipos bretones, las anchas bragas, el caballo largo y los pintorescos trajes femeninos, que varían en todos los cantones. Con sus costumbres tan originales, la Bretaña puede acoger los ferrocarriles sin temblar; ella resistió a César, y el mundo romano no pudo con el antiguo suelo de la Armorica. La Bretaña dejará pues pasar las locomotoras, aprovechándose de ellas.

H. C.

## Revista de París.

La corte continúa en Biarritz, y antes de pasar a Compiègne, no a Fontainebleau como dijimos equivocadamente en nuestra última revista, la emperatriz Eugenia atravesará los Pirineos, para visitar en la costa cantábrica el bonito palacio de Arteaga que se ha mandado construir y que se halla ya enteramente terminado. Se añade que el emperador quizá la acompañe en esta breve excursión por la frontera española.

En la ausencia de la corte, y mientras se acerca la hora en que han de principiar las reuniones de invierno, se forman planes y se hacen preparativos para las diversiones venideras. Ya se anuncia que la comedia de sociedad seguirá en boga. La aristocrática compañía de la princesa de Beauvan, cuyas representaciones hicieron furor el año último, se está reforzando con nuevos personajes, y parece que en esta temporada no se contentará con el repertorio anodino al gusto de los salones, sino que pondrá en escena alguna de las obras importantes del teatro trágico. En el ministerio de Negocios extranjeros se piensa del mismo modo, se alimentan iguales pretensiones, y sabido es que cuando el ejemplo viene de arriba tiene muchas probabilidades de hacer imitadores y prosélitos. Para principio de temporada tenemos pues una perspectiva de comedias caseras que no dejará de ocupar a los críticos especiales.

Entre tanto París se encuentra en un período de transición estéril hasta no más para la crónica. Si dijéramos que hay algo que llama la atención en este instante, los parisienses nos mirarían con sorpresa. Los embajadores annamitas, de cuya estancia en esta capital nos prometíamos tantos incidentes, pasan desapercibidos, lo mismo que si fueran unos apacibles «touristes» de Estrasburgo ó de Burdeos. Y esto consiste quizá en que se han vuelto las tornas, como suele decirse; esto es, los parisienses creían reirse mucho de los annamitas, y parece ser que sucede todo lo contrario. Los que se hallan en relaciones con estos personajes exóticos creen que su visita tiene más malicia de lo que se habría podido suponer; que todo cuanto ven en París es para ellos objeto de sátira; que consignan en su libro de viaje todas sus impresiones, y que este curioso manuscrito está destinado a una gran publicidad que hará las delicias de los compatriotas de los embajadores.

Estas impresiones son bastante curiosas, a juzgar por los extractos que un folletínista indiscreto, M. H. de Pene, nos ha dado de ellas. Los annamitas se quejan, y con razón, de que en París siempre llueve. Toda la embajada habría perecido de frío y de humedad, ó habría tenido que resolverse a adoptar los horribles trajes de este clima inhospitalario, si por fortuna los miembros que la componen no hubiesen traído buenos abrigos que se plantan sobre sus vestidos de seda.

«No solo los parisienses, sino los franceses, dicen estas notas, según hemos podido ver atravesando el país, son generalmente feos. No tienen ni las orejas grandes y largas, señal certera de la inteligencia y de la ciencia, ni la nariz gruesa y corta, ni los ojos pequeños, ni la cara cuadrada, ni la dentadura negra. Quizá ni siquiera sospechan cuáles son las reglas de la hermosura; ó acaso los elementos de la belleza como ellos la comprenden son distintos. Esto lo pondremos en claro al visitar los museos donde encierran las obras maestras de lo que ellos llaman su arte...»

El bello sexo no les merece un concepto mejor, según estos apuntes. Las parisienses para ellos no son bonitas, puesto que no se parecen a las damas de su país; sin embargo, convienen en que son agradables a la vista. «Hay en ellas, dicen, algo de la flor y algo de la serpiente.» Lo que les choca sobre todo, es su ahuecador ó miriñaque, y achacan a los maridos celosos la invención de esta cárcel de acero que sigue por todas partes a sus mujeres, y cuya llave deben llevar esos señores bien guardada en el bolsillo.

Los extractos de donde tomamos estas ligeras notas lo abrazan todo, como hemos dicho ya, pero no pasaremos adelante en estas citas, contentándonos con haber dado una muestra del efecto que ha producido en la famosa embajada la población parisiense.

El globo de Nadar está para elevarse en los aires, no en Baden como se había dicho primitivamente, sino en el Campo de Marte. Ya el anuncio de esta ascensión impreso en caracteres enormes se halla por todo París, advirtiendo al público que quedan algunos puestos vacíos a la disposición de los aficionados.

La duración del viaje es ilimitada; el precio de cada billete mil francos.

Al mismo tiempo que eche a volar por los espacios el Gigante, que así se llama esta inmensa máquina, aparecerá el primer número de una publicación titulada el *Aeronauta*, periódico de la automoción aérea, redactado por Nadar. En este número-programa el célebre fotógrafo nos revela sus proyectos y sus esperanzas. Hé aquí algunas líneas inéditas:

«Varias personas que no se hallan al corriente de la cuestión se han servido preguntarme:

— ¿Cómo es que hace Vd. un globo, cuando afirma Vd. con tanta insistencia que la primera condición para moverse en el aire es suprimir los globos, y que para luchar contra el aire es preciso ser más pesado y no más ligero que el aire mismo?

Mi respuesta es esta:

— Abrigo la profunda convicción de que el hélice será nuestro motor aéreo, pero ignoro lo que costarán los ensayos de este primer motor; quizá subirán a un millón de francos. Ahora bien, si yo hubiera alargado la mano al público para pedirle un milloncito a fin de probar si una máquina podrá volar por los aires, el público habría puesto el grito en el cielo, y los que no quieren mirar, los que no saben ver, los que ante todo procuran por su dinero, todos, en fin, habrían exclamado a una que yo estaba loco, y que quería burlarme de mis compatriotas. Me habrían prodigado las injurias, lo que es más económico que abrir la bolsa, y algunos, los más amantes de sus escudos, me habrían tratado por lo menos de ladrón.

Bajo este concepto, como no me gusta pedir, y como no quiero dar a nadie la posibilidad de apreciaciones poco agradables respecto a mi persona, me he dicho que yo mismo me daría el primer millón, ó lo que sea, para mi hélice, y careciendo de la suma en cuestión, he resuelto procurármela mediante un espectáculo de un interés siempre irresistible.

He confeccionado un globo; el último globo! en proporciones tan extraordinariamente gigantescas (veinte veces mayor que los más grandes) que atraerá a la muchedumbre de todos los rincones del mundo. Para aumentar aun el interés del espectáculo, que sin temor de ser desmentido por los hechos, declaro será el más asombroso que habrá contemplado el hombre, dispondré bajo este globo monstruo otro globo pequeño destinado a recibir y a conservar el excedente de gas producido por la dilatación, en lugar de perderlo como hasta aquí, lo que permitirá a mi globo emprender verdaderos viajes largos, en vez de permanecer una, dos ó tres horas en los aires, como hasta hoy se ha visto.

No quiero pedir nada a nadie, ni al gobierno, para ayudarme en esta cuestión de un interés general tan inmenso. Mi globo terminado a mi costa, emprenderé ascensiones públicas y exposiciones sucesivas en París, Londres, Bruselas, Viena, Berlin, Baden, Nueva York, etc., estando seguro de antemano de que así reuniré los primeros fondos necesarios para la construcción de nuestra primera aeromotora.

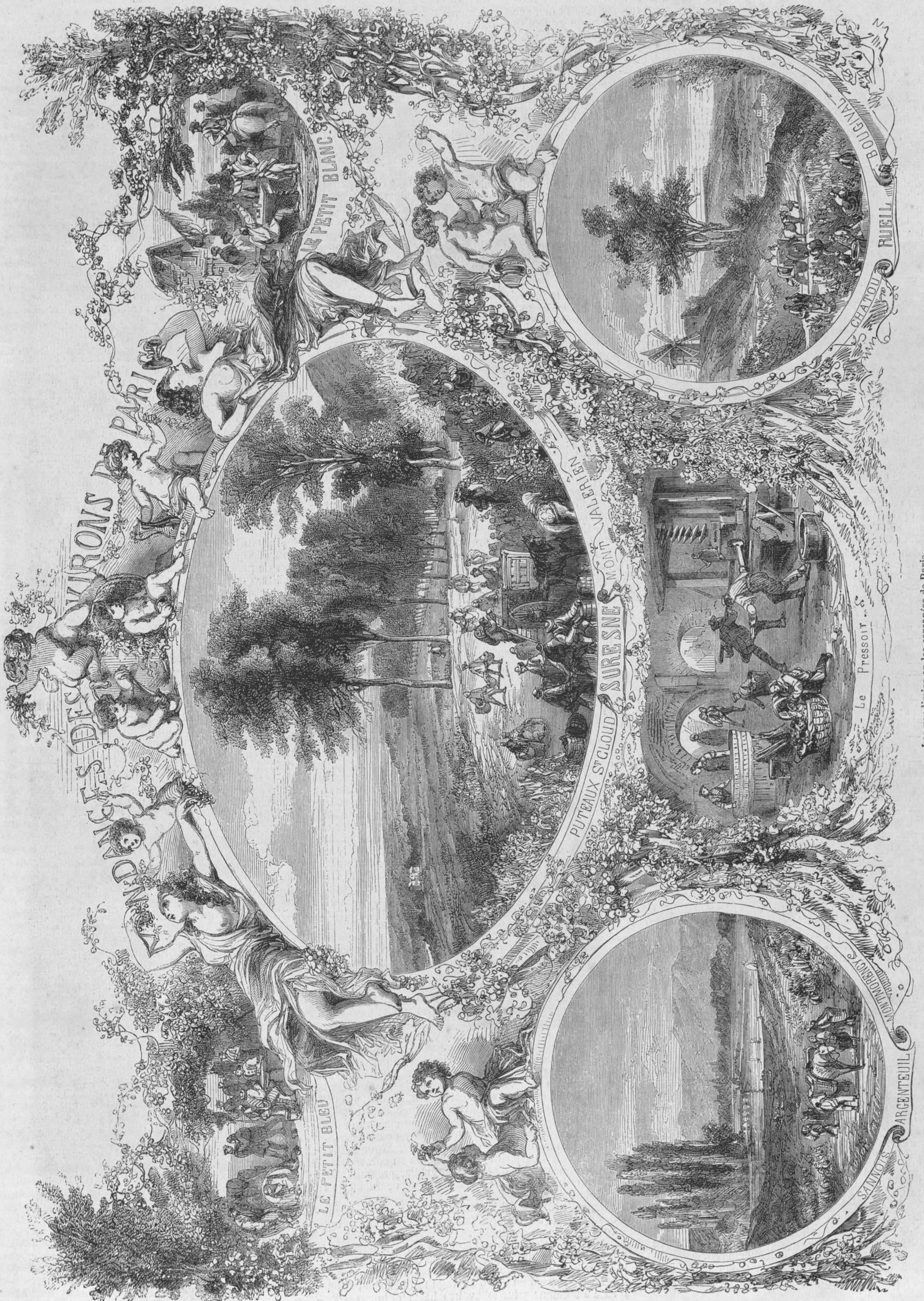
El globo es el prólogo; la pieza verdadera es la aeromotora que suprime todo globo.»

Como según estas revelaciones, nuestros lectores americanos podrán quizá tener la ocasión de contemplar este aparato gigantesco, nos adelantaremos a decirles que su altura es aproximadamente la de las torres de Nuestra Señora de París, que se han gastado en él 20,000 metros de seda, que la navicilla tiene dos pisos, y que el cargamento puede llegar a noventa quintales.

No dejaremos de dar cuenta a su debido tiempo de los incidentes que puedan ocurrir en la primera ascensión del Gigante.

A propósito de grandes empresas, hé aquí otro proyecto, que apenas anunciado, cuenta ya con una aprobación unánime.

Se trata de hacer un ferrocarril metropolitano como el que existe en Londres, desde el nuevo teatro de la Opera a la Bastilla. Esta línea partiría del teatro, y pasando a la altura de los pisos principales de las casas, serviría cuatro estaciones, una en el Palacio Real, otra en los Mercados centrales, otra en el hotel de Ville, y otra en la Bastilla.



Las vendimias en las cercanías de Paris.

Miramar las mas variadas colecciones; lo que unido á los objetos que el archiduque Maximiliano ha recogido por sí propio en sus estudiosas exploraciones por Turquía, Grecia, la Palestina y la Argelia, hacen del interior del palacio una incomparable reunion de riquezas y curiosidades.

El príncipe cultiva con alta distincion la ciencia y la poesia, lo que equivale á señalar el cuidado que ha presidido á la formacion de sus bibliotecas, que han enriquecido los homenajes de los magníficos libros italianos que recibió de las municipalidades agradecidas durante su gobierno del reino lombardo-veneto, y de los cuales algunos figuraron con brillo en la última Exposicion universal de Lóndres.

Hay sobre todo una pequeña biblioteca española, objeto particular de las predilecciones del archiduque. Seguramente, cuando el archiduque Maximiliano dió espontáneamente el nombre español de Miramar al peñon que trasformaba en un precioso castillo de la edad media, estaba muy lejos de sospechar que un pais de lengua y origen español le habia de ofrecer un dia por sus delegados en esa misma residencia una corona imperial.

B. G. DE K.

### Si haces mal no esperes bien.

(Conclusion.)

V.

REMINISCENCIAS.

Poco despues, un dia de verano, la mimada hermana de Guillermo, coquetamente vestida, como quien desea deslumbrar, abordaba en una góndola el vapor de Panama.

No bien atracada aun la embarcacion al costado del vapor, la graciosa limeña subia con pié seguro la resbaladiza escalera, húmeda con la niebla de la mañana, y se arrojaba en los brazos de su hermano, apartándose luego del fraternal abrazo para estrechar en su pecho, con arrebatos de pasion, á una bella jóven, morena y pálida, pero que le era parecida con pasmosa semejanza.

La extranjería se entregaba á sus caricias con tierno abandono; mas ¿porqué á veces parecia distraida? ¿porqué sus ojos desviándose de la florida ribera, iban á buscar á lo lejos las siluetas de la cordillera?

— ¡Guillermo! dijo al fin cuando desembarcaban, yo he visto estas montañas.

— ¿Dónde?

— No lo sé.

— Sin duda fueron los Alpes, se adelantó á decir Matilde.

— No, no son tan puros sus perfiles.

— Pues entonces serian los Pirineos, replicó la petulante niña, empeñada en lucir su geografia de colegio.

— Mucho menos. Sin embargo, mis piés han caminado por senderos agrestes como esos que serpentean en aquellas fragosas vertientes.

— Las has soñado, Amelia mia, la dijo Guillermo, las has soñado en tu ardiente anhelo por América.

— ¡Soñar con cerros! exclamó la aturdida muchacha con una mueca graciosa que hizo sonreír á Amelia, soñar con cerros, estando ahí nuestro hermoso Rimac, sus frescas alamedas, sus perfumados jardines...

— El mio es delicioso. Cubierto está de rosales, jazmines, chirimoyos, suches, aromos, y á su sombra encontrarás abiertas todas las flores de Europa, que yo mismo he sembrado para tí...

— Dame la mano, Amelia, voy á hacerte los honores de nuestro suelo, y no quiero que te disloques un pié en las carcomidas gradas de nuestro embarcadero.

La bella forastera apenas la escuchaba. Abstraída por una extraña preocupacion, ni siquiera se apercebía del rápido movimiento que la conducia, y los aridos campos y las frondosas arboledas pasaron ante sus ojos como los vapores fantásticos de un sueño.

En la estacion de Lima los esperaba el coronel, y Guillermo puso su esposa entre los brazos de su padre.

El coronel amaba apasionadamente á sus hijos, y Amelia fué acogida con extrema ternura. Mas ¿porqué se estremeció al sentir aquel bigote cano tocar su frente? ¡Misterio!

Muy luego, riendo de su miedo pueril, respondia con un hermoso beso filial á las caricias del coronel, y apoyaba confiada la cabeza en su pecho cargado de cruces.

Y los dias corrieron para Amelia bellos como los celajes de la aurora. Espiritu de percepcion exquisita, nadie como ella saboreó las delicias de esta magica vida de Lima, en que todo halaga al alma y los sentidos; en que todo, desde el cielo hasta el suelo, es aroma, luz y armonia.

Muchas veces corriendo con su hermana bajo la fronda de los jardines, se detenia de repente para beber en dobles aspiraciones el aura suave de nuestra atmósfera; aura deliciosa y letal que anima y agosta las mas hermosas flores.

Llegó un dia en que Amelia, pálida y enflaquecida, pedía en vano á la brisa el aire que le faltaba á su pecho, y en que los rayos ardientes del sol de enero no pudieron ya calentar su aniquilado cuerpo.

Entonces los graves doctores reunidos en torno al lecho de Amelia acordaron, y esta vez profundamente consternados:

— Que lleven esta niña á la Sierra; que haga una vida de completo reposo, que tome leche de cabras, que se distraiga, y Dios dispondrá lo que sea de su agrado.

Y á la mañana siguiente, Amelia, acompañada de su esposo y de su suegro, marchaba á Jauja.

Seguianlos Matilde y una numerosa comitiva de amigos que se agrupaban en torno suyo, con esa solicitud de la despedida que nos causa un placer tan doloroso.

Todos guardaban silencio, el silencio con que se acompaña á los que van á buscar la salud por el fatídico camino de Maravillas, que tantos suben y que tan pocos vuelven á bajar.

Al llegar á las colinas que empiezan á hacer incómoda la ruta, el coronel detuvo el caballo de su hija, y dijo saludando á sus amigos:

— Caballeros, el dia declina y estamos ya lejos. Hasta la vista.

Y luego añadió señalando á Matilde, y como para alegrar la triste solemnidad de la despedida:

— Hé ahí esa dama que os confío. Requerid vuestras espadas para defenderla de los ladrones que infectan estas breñas.

Al oír aquellas palabras, Amelia se estremeció. En su mente surgió de súbito un extraño miraje, esa série misteriosa de imágenes que cual reflejos de la eternidad, aparecen de repente al espíritu, y brillan y se apagan con la luz y la rapidez del relámpago.

Matilde, al separarse de sus brazos, dijo llorando á los que la acompañaban:

— Amelia no volverá mas, Amelia va á morir. Hay en su mirada una expresion extraña que nunca vi en ella.

En efecto, desde ese momento comenzó para Amelia una cadena interminable de alucinaciones.

Por momentos, allá en el horizonte de sus recuerdos, veía alzarse un mundo fantástico, imposible; y al fijarse en él su mirada, desaparecia para mostrarse de nuevo.

Otras veces eran extrañas intuiciones que le hacian decirse:

— Detrás de aquella colina hay un gran caserío entre dos establos.

Y subia la colina con el corazon palpitante, y al llegar á su cima, quedábase yerta de asombro, encontrando el caserío y los establos tales como los habia soñado su imaginacion. Y entonces, esforzándose en persuadirse que todo lo que pasaba en ella desde que salió de Lima era solo una prolongada pesadilla; porque tenia miedo, miedo de que fuera el delirio mortal de la locura.

Hubo un momento en que, pálida y con el pecho oprimido de extraña congoja, pensó:

— Allí á la vuelta de un recodo se abre una quebrada profunda. Fórmanla dos elevadas montañas que alzándose perpendiculares, roban la vista del cielo. En su fondo mugen las aguas espumosas de una cascada. Y ahí, al torcer el recodo, apareció la sombría quebrada en cuyo fondo rueda el Rimac sus aguas, blancas aun con la espuma de la caída.

Y Amelia, presa de un terror indecible, paseaba en torno ansiosas miradas, buscando entre los trozos de roca diseminados en los bordes del camino, algun objeto que desmintiera su fantasia.

De repente, pálida y temblorosa, se dijo:

— Hé allí la planta de doradas flores. Una niña las cogia y despues lloraba, debatiéndose contra... ¿contra qué?... ¡Dios mio, hazme acordar de lo que era ese algo que causaba el llanto de la niña! Y sin saberlo, Amelia sollozaba amargamente. Su esposo y su padre le rodearon solícitos.

En ese momento una figura extraña, una mujer envuelta en una manta negra, pálida como un espectro, se alzó de tras un peñasco gritando con lúgubre acento:

— ¿Quién llora aquí? Nadie ha llorado desde aquel dia... Y mirando de repente al coronel, exclamó arrojándose á él, y asiéndose á la brida de su caballo:

— ¡Por fin te encuentro! ¡Ladron de honras, ladron de niños, en vano te ocultas; en vano, para disfrazarte, has puesto nieve en tus cabellos; te reconozco! Salteador galoneado, ¿qué hiciste de mi hija?

— Es la ovejera loca de Huairos, gritaron los arrieros, á tiempo que el coronel, dando espuelas á su caballo, se libertaba de aquel brusco ataque.

Pero la extraña aparicion los siguió á lo lejos; y al trasponer las alturas, Amelia la veía siempre á la misma distancia, caminando en pos suyo con paso lento, pero continuo.

Mas cuando llegaban al *tambo*, en vano la buscaron sus ojos: habia desaparecido.

Aquella noche, Amelia desvelada, como todos los enfermos del pecho, habia dejado su cama, y se paseaba meditabunda á la luz del fuego, en la triste sala del *tambo*. Guillermo y el coronel la acompañaban, y la preguntaban inquietos el motivo de su preocupacion.

La pobre jóven no podia decirlo; sin embargo estaba poseída de espanto. Sentia moverse y como despertar en ella un nuevo ser, un ser medio borrado que se identificaba con su espíritu y palpitaba en su corazon.

Y entonces, palpábase con angustia, preguntándose si era quizá un alma en pena, que se acordaba de su pasada existencia.

La rojiza llama del hogar arrojaba sobre las desnudas paredes resplandores fantásticos que añadian nuevos grados á su exaltacion.

De repente una mano cautelosa abrió lentamente la puerta, y un bulto negro se deslizó en el cuarto.

Era la aparicion de la *quebrada*.

La loca paseó en torno su vaga mirada, cual si buscara á alguien; y luego avanzó hasta el hogar, silen-

ciosa, rígida y solemne como una estatua; cogió un tizon ardiendo, y sirviéndose de él como de una antorcha, se puso á buscar por todos los rincones de la sala.

Entonces Amelia y sus compañeros vieron una mujer jóven aun, pero horriblemente aniquilada. Hondas arrugas surcaban su rostro marchito, y sus ojos tenian esa mirada fija, y por decirlo asi, aérea de los cadáveres.

A su vista, Amelia olvidó su preocupacion, y conmovida hasta lo intimo de su alma, se acercó á la demente, y la dijo con dulzura:

— ¿Qué buscas ahí, pobrecita? Ven á reposar te ruego, que es ya tarde y hace mucho frio.

— Busco al hombre galoneado, respondió ella sin mirar á Amelia, y siguió impasible su camino.

Pero Amelia cogió sus manos con cariñoso afán, atrájala en pos de sí, y la hizo sentar al lado del fuego.

VI.

HISTORIA DE LOS CAMINOS.

La infortunada se dejó conducir con triste docilidad. Cruzó las manos sobre sus rodillas, y contempló largo tiempo, pensativa y silenciosa, la móvil llama del hogar.

Poco á poco sus apagados ojos comenzaron á animarse y resplandecer como iluminados por una luz interior; y en sus labios vagó una sonrisa juvenil que hizo brillar en la sombra sus dientes blancos como perlas.

— ¡Estéban! gritó de repente, ¿quién dijo que Estéban murió! ¡Mentira! Hélo allí, jóven, alto y ligero. Baja con las ovejas de Casa Blanca. Es él, él mismo; esos son sus ojos, esos son sus negros cabellos. Me llama. No, aléjate, Estéban. El cura no quiere que pastemos juntos nuestros rebaños, porque somos todavia muy jóvenes para casarnos. Como si en cualquiera edad no se pudiera amar, alabar á Dios y ser feliz. ¡Feliz! ¡Ah! yo no puedo serlo, si el cura nos ha separado. Tú llevas el ganado á las alturas, y yo me quedo sola en el valle, sola con las cabras, que aunque saltan alegres, no pueden darme una gota de su gozo. Todo esto lo sabes tú muy bien; pero ¡ah! tú no has sabido jamás que...

¡Se aleja, no quiere oírme! ¡Ven, Estéban, ven! Yo te lo diré ahora, ahora que el tiempo y el dolor han curtido mi rostro, y que la vergüenza no puede ya subir á mi megilla.

Hé allí la peña donde yo lloraba esperando la tarde, la tarde que nos reunia á la luz del fuego, bajo los saucos de nuestro patio. De esa hondonada salió la voz del militar que me llamaba. Yo tuve miedo, y huí; pero él montaba un caballo veloz y me persiguió, me alcanzó, echó pié á tierra, luchó conmigo, y me ultrajó...

Y desde ese dia ya no quise verte, y huía de tí... y te dije: Estéban, no puedo ya ser tu mujer. Y entonces te amaba mas que nunca. Pero debias crearme inconstante y liviana; y al despedirte de mí me arrojaste llorando una maldiccion.

Despues... un dia mi padre púsose á mirarme fijamente, y me dijo:

— Tú eres una mujer infame; has deshonorado mis canas, y manchado la casa de tu padre. ¡Vete!

Y alzando la mano sobre mi cabeza, me maldijo.

Y yo anduve errante largo tiempo, huyendo como una fiera, de valle en valle, de montaña en montaña, desnuda, hambrienta, miserable. Pero al lado de mi dolor se elevaba una santa alegría. Dios se habia apiadado de mí, y en el camino de mi infortunio habia hecho nacer una flor... ¡Mi hija!

Y pronunció estas palabras con un acento de ternura íntima, imposible de reproducir, y que solo se oye en las chozas de los indios.

Amelia lloraba, Guillermo se hallaba profundamente conmovido, y el coronel, pálido y sombrío, estaba absorto en una profunda meditacion.

— ¡Mi hija! continuó la india, ¡mi hija! No me cansaba de repetir este nombre; y olvidé el tuyo, Estéban. No te enojas contra mí: así son todas las madres.

Entonces lejos de ocultarme, fui á pedir trabajo y pan á las haciendas inmediatas.

Los pastores de Huairos tuvieron lástima de mí, me acogieron entre ellos, y me dieron una cabaña.

Y yo guardaba el ganado, llevando á mi hija acurrucada á mi espalda, como un pajarillo en su nido. Contemplábala desde la mañana á la noche, y cada dia era mas feliz.

Pero á medida que mi hija crecia, mi gozo se cambiaba en inquietud. Volvime huraña y recelosa, y temblaba de miedo cuando algun forastero acariciaba á mi hija, porque ¡ay! Estéban, las pobres indias nada pueden poseer en paz, ni aun á sus hijos.

Dicen que nuestros padres, poderosos en otro tiempo, reinaron en este suelo que nosotros pagamos tan caro; y que los blancos, viniendo de una tierra lejana, les robaron su oro y su poder. No sé si es eso cierto; pero ahora que somos pobres, ahora que nada pueden ya quitarnos, nos roban nuestros hijos para hacerlos esclavos en sus ciudades.

Por eso, yo guardaba á mi hijita con un miedo que se aumentaba cada dia, porque cada dia se volvia mas linda. Nunca la dejé en casa; y aunque la pobrecita se fatigaba, llevéla siempre conmigo al campo, guiando el ganado por los parajes mas lejanos de las sendas que frecuentan los soldados y los viajeros.

Así, ocultándola de todos, del subprefecto, del hacendado, del cura, llegó mi hija á los cinco años.

Un dia... y la india, llevando las dos manos á los ojos, se inclinó hasta el suelo, dando un gemido.

Amelia, sentada sobre las rodillas, escuchaba inmó-

vil, muda, anhelante. De vez en cuando posaba la mano sobre su frente como para avivar un recuerdo. La india prosiguió:

— Un día faltó el pasto en las alturas, y fué preciso bajar al valle.

Muerta de miedo y llevando á mi hija en los brazos, caminaba con el ganado, escondiéndome entre los peñascos y en las hondonadas de los cerros.

Pasaron las horas, y el camino estaba desierto. El sol iba á ponerse, y yo subía ya con el ganado á la hacienda. De repente mi hija vió una mata de *arirumas* al lado del camino; y soltando mi mano, bajó corriendo sin hacer caso de mis gritos.

Amelia se había levantado. Con las manos juntas, el cuerpo inclinado y los ojos fijos en el rostro de la india, escuchaba su voz como si fuera un eco lejano.

— A ese tiempo, continuó la india, sonaron cornetas en el valle, y un regimiento comenzó á desfilar por la orilla del río.

Cuando saltando peñas, corría yo tras mi hija, vi un soldado que llegando á carrera, la arrebató sobre su caballo.

Yo le quité mi hija; pero en este momento un hombre se arrojó sobre mí, y arrastrándome por los cabellos, me despeñó en un barranco.

Al caer vi á ese hombre. Era el oficial que seis años antes me ultrajó en esos mismos sitios, y que ahora me robaba mi hija, mi pobre hijita que me llamaba...

La india se interrumpió de súbito. Su mirada había encontrado el rostro de Amelia. Fijó en ella los ojos con expresión de angustiosa duda, y gritó de repente:

— ¡Cecilia!

— *Mamay*, murmuró Amelia, cayendo desmayada en los brazos de la india.

Guillermo se precipitó hacia ella y la tomó en sus brazos. Pero Amelia, volviendo en sí, lo rechazó con terror.

— ¡Desventurado! exclamó, huye lejos de mí. ¿No comprendes? ¡Soy tu hermana!

El coronel, estrechando sus sienes entre las crispadas manos, huyó de allí, dando roncós gritos.

Al siguiente día, los cabreros de la montaña encontraron su cadáver, devorado por los buitres, en el fondo de un despeñadero.

## VII.

### CONCLUSION.

Poco tiempo despues, un día en el convento de Ocopa tenían lugar á la misma hora dos solemnes ceremonias.

En el templo tomaba el hábito un religioso.

En el cementerio abrian una tumba.

El prelado, al fin de la ceremonia, dijo al novicio, dándole su bendición:

— La paz del Señor descienda á vuestra alma, hermano Guillermo.

Sobre la tumba colocaron una lápida con este nombre: *Cecilia*.

El novicio, los ojos bajos, los piés descalzos y apoyado en el báculo del peregrino, besó la mano al prelado y partió á lejanas misiones.

El sepulcro quedó solitario. Las golondrinas se posaban tranquilas sobre su cornisa de mármol, y tendían al sol sus trémulas alas. Pero cuando la noche descendía al valle, y las estrellas comenzaban á brillar en el cielo, los religiosos del convento veían una sombra que deslizándose bajo los álamos á lo largo de la alameda, entraba en el cementerio y velaba prosternada é inmóvil la tumba de Cecilia.

JUANA MANUELA GORRITI.

## El guante negro.

### I.

#### LA PRENDA DE AMISTAD.

Era una de esas deliciosas noches del país argentino. La luna bañaba con sus blancos rayos las encantadas riberas del Plata, y hacía brillar entre la sombra verdadera los huertos y alamedas de las mil bellísimas quintas, y los palacios de campo que circundan Buenos Aires. Aunque la hora no era avanzada, todo estaba silencioso y desierto en derredor de la gran ciudad, y solo se oía el murmullo de las ondas del vecino río, y el silbido del viento entre las hojas de los sauces.

De repente vino á mezclarse á estos rumores de la naturaleza una voz humana, una divina voz de mujer, que elevándose suave y cautelosa del fondo de una de esas espesas avenidas de árboles, comenzó á cantar con indecible melodía aquella adorable música de Julieta y Romeo:

*Sei pur tu che ancor rivedo?*

El canto fué interrumpido por el ruido de un carruaje que se acercaba.

Una elegante berlina se detuvo al pié de la escalinata de una quinta. Un cazador vestido de lujosa librea abrió la portezuela y presentó la mano á una bella joven de talle esbelto y flexible, de mirada rápida é imperiosa, que saltando del estribo, ligera como un pájaro, subió las gradas de la escalinata y entró en el vestíbulo.

A su vista, el portero que velaba en la primera antecámara se inclinó profundamente.

— Amigo mío, le dijo ella paseando en derredor su inquieta mirada, ¿duerme su joven amo de Vd.?

— Mi amo está herido, señora, y...

— Lo sé, lo sé, y por eso estoy aquí. Condúzcame usted á su cuarto.

El portero hizo una reverencia y guió á la joven por una galería abierta sobre un jardín interior, y deteniéndose delante de una puerta, iba á abrirla para anunciar á la dama; pero esta le apartó sonriendo, abrió ella misma la puerta, atravesó corriendo un elegante salón, y entró en un dormitorio alumbrado por una lámpara de gas, y en cuyo fondo, entre dos manoplas de armas, había un lecho en donde estaba acostado un joven de bella y simpática fisonomía. Su frente alta y espaciosa llevaba el sello de la altivez y de la inteligencia, en sus grandes ojos negros sombreados por largas pestañas, había relámpagos que revelaban el choque de pasiones fuertes y encontradas. Sus brillantes cabellos caían en abultados bucles sobre su cuello, y un bigote negro y sedoso capaz de matar de envidia á todos los leones del mundo, se retorcía graciosamente sobre una boca que habría hecho palpar á una mujer de miedo ó de amor.

La joven corrió hacia él, y apartándose con una mano el velo de su linda cara:

— ¡Wenceslao! le dijo presentándole la otra, ¿no es cierto que he tardado mucho?

— ¡Qué veo! ¡Manuelita! ¡vos aquí!

— ¿Me habeis llamado ingrata! ¡Oh! es que aunque moria de impaciencia y de deseo de venir á veros, no podía sustraerme un momento á las miradas de mi padre y de esa inicua turba de pretendientes y aduladores que me rodean.

— ¡Llamaros ingrata! ¡yo! ¡oh! no, Manuelita. Yo sé que habeis pensado en mí, y vuestros mas ligeros recuerdos son tan preciosos para mi corazón, que no creeria poder pagarlos, ni aun dando por vos mi sangre y mi alma... Pero permitid que me convenza que no es un sueño la dicha de veros aquí, á esta hora, así, inclinada sobre mi lecho.

Y quitando él mismo el guante de tul negro bordado de arabescos, que cubria la linda mano de la joven, imprimió en ella un beso que debió ser muy apasionado, porque Manuelita retiró vivamente su mano, sus ojos se bajaron al suelo, y una nube de rubor cubrió su alta frente.

— ¡Lisonjero! dijo ella, haciendo un esfuerzo para serenarse y sonreír, ¿qué hay de mas natural que el que yo me encuentre aquí, á esta hora, así inclinada sobre vuestro lecho? Un mal caballero atacó mi honor, creyendo desacreditar así la administracion de mi padre; como si la deshonra arrojada así sobre la frente de una joven pudiera eclipsar el brillo de la estrella de Rosas el fuerte; vos tomásteis la defensa de vuestra amiga de infancia, desarmásteis á vuestro contrario y le obligásteis á desmentirse desde Montevideo; pero quedásteis herido, y es de mí deber no solo el venir á veros, sino el ser vuestra enfermera. ¡Qué dulces habrían sido para mi corazón los cuidados que os prodigara! Pero me encadenan lejos de vos, la necesidad que mi padre tiene de mí, y el terror de ese mundo que se ha apoderado de mi vida para destruirla, como si no fuera aun bastante triste y contrariada. ¡Oh, Wenceslao! ¡porqué no estamos aun con mi madre y la vuestra bajo las frescas sombras de Lujan!

Y la hija del dictador elevó sus ojos al cielo para hacer quizá retroceder sus lágrimas, reclinando tristemente su linda cabeza sobre una de las columnas del lecho.

Wenceslao se incorporó sobre su almohada, y estrechando la mano de la joven sobre su pecho herido:

— ¡Manuelita, hermosa flor nacida entre zarzas! exclamó, la sociedad que os posee no es digna de vos; no pudiendo comprenderos, os calumnia; pero si un hombre leal, decidido y enérgico puede algo contra la desgracia de vivir en un mundo que no os comprende, mandad, mi vida es vuestra; este corazón que palpita bajo vuestra mano está lleno de adhesión por vos. Confíadme á él, dadle su parte de vuestras penas.

Manuelita estrechó la mano del joven sonriendo melancólicamente.

— ¡Ay! amigo mío, le dijo, el destino tan envidiado de Manuela Rosas la ha condenado á la soledad y aislamiento del corazón, alejando de ella uno á uno á todos sus amigos. Aquellos que no han emigrado se hallan en el ejército de Lavalle, ese implacable enemigo de mi padre; y aunque yo sé que ellos guardan una tierna memoria de mi amistad, el deber me ordena arrojar de mi corazón el recuerdo de la suya. Vos mismo, Wenceslao, el último y mas querido de todos, muy poco tiempo estareis cerca de mí; pronto dejareis de ser edecán: he visto en el bufete de mi padre vuestro despacho de segundo jefe del regimiento que manda el coronel Ramirez vuestro padre, y la orden para que marche al Norte aquel regimiento.

— ¿Qué decis? alejarme de... vos, ausentarme de Buenos Aires; ¡oh! exclamó Wenceslao, revelando en su acento un dolor misterioso.

La joven lo comprendió, levantóse vivamente, y cubriendo su rostro con el velo:

— Adios, Wenceslao, le dijo extendiendo la mano sobre la cubierta de la cama para buscar el guante que aquel habiale quitado; son las once, y me queda poco tiempo para llegar á Palermo antes que cierren las puertas... Pero... ¿qué he hecho de mi guante?

— Yo lo tengo, dijo Wenceslao, descubriendo su pecho y mostrando el guante sobre su corazón. Manueli-

ta, deseo conservarlo eternamente en memoria de esta noche. ¿Cómo quereis que lo guarde, como una conquista ó como una prenda?

— Como prenda de amistad, respondió ella, alzando con graciosa coquetería la extremidad de su velo, y enviando un beso á Wenceslao desde la puerta.

— Me ama, dijo él cuando la puerta se hubo cerrado detrás de Manuelita; me ama, y yo podia ser su esposo, y realizar de este modo la dicha y prosperidad que sueño para mi patria hace tanto tiempo, si un amor fatal no hubiese venido á oscurecer con un soplo tempestuoso el brillante horizonte de ambición y de gloria que se abría para mí. ¡Isabel! ¡Isabel! ¡porque te conocí; porque tu mirada y tu voz penetraron tan hondamente en mi corazón!

En aquel momento la voz que cantó en la alameda se hizo oír otra vez.

— ¡Es su voz! ¡es ella! exclamó Wenceslao, incorporándose y oprimiendo el resorte de una puerta secreta que estaba á la cabecera de la cama.

### II.

#### EL GUANTE NEGRO.

La puerta se abrió, dejando ver la campiña alumbrada por los rayos de la luna, y dando paso á una figura blanca, vaporosa y aérea como las Willis de las baladas alemanas. Era una joven envuelta en un largo peinador blanco, y con la cabeza cubierta con un velo de gasa. La estatura era algo elevada; su larga y suelta cabellera, brillante y negra como el azabache, descendía en sombrías ondas hasta tocar el suelo; sus rasgados ojos negros de anchas pupilas, tenían esa larga y profunda mirada que se atribuye á aquellos que leen en el porvenir.

Al verla, el recuerdo de Manuelita, y con él las ideas de gloria y de ambición, huyeron de la imaginación de Wenceslao.

— ¡Isabel! mi ángel hermoso, mi hada benéfica, exclamó; ya estás aquí. ¡Oh! que mi madre perdona la ingratitud de su hijo; pero cuánto bendigo su ausencia, que te obliga á venir como mi ángel guardian, entre las sombras y el silencio de la noche, á curar con tus manos mi herida, é inundar mi corazón de delicias con la magia de tu mirada, de tu voz y de tu sonrisa... Pero... ¡tú estás pálida... trémula! no tienes ni una caricia, ni una palabra de amor para el que te adora; ¡Isabel! ¡oh! ¿qué pesar oscurece tu frente, amada mía?

— Nada ha cambiado en torno mío, respondió ella arrodillándose al pié del lecho, y obligando á Wenceslao á recostarse en su almohada; nada ha cambiado: el sol ha sido brillante; las flores me han enviado sus mas suaves perfumes; los pajarillos me han hecho oír las melodías que han callado en mi arpa desde que tú sufres; las hermosas estrellas de nuestro cielo me sonríen como siempre; tú á quien amo con idolatría estás ahí, cerca de mí, y yo leo en tus ojos tu amor; y sin embargo ha habido en ese sol, en esos perfumes, en esas melodías, en la noche, en las estrellas y en tus ojos, algo de lúgubre que pesa como plomo sobre mi corazón. Escucha, Wenceslao, cuando mi madre me llevaba en su seno, me oyó llorar una noche que velaba, pensando en el ser que iba dar á luz. Una creencia de nuestro país, supersticiosa si quieres, enseña que cuando un niño llora en el vientre de su madre, si esta guarda el secreto, el niño poseerá el don de la adivinación. Mi madre calló creyendo darme la dicha; ¡pobre madre! ella ignoraba qué funesto presente legaba al destino de su hija. Encadenada como todo lo que existe á ese orden eterno llamado fatalidad, siento llegar la desgracia sin poder evitarla; conozco su aproximación en el aire, en la luz, en las sombras; pero ignoro de dónde viene, y el momento en que me herirá. Cuando mi padre cayó bajo los golpes de la Mas-horca, esa asociación de caribes, ya había yo visto en sueños toda aquella escena. Cada uno de los infortunios de mi vida se ha revelado anticipadamente á mi corazón. Hoy durante todo el día me han perseguido las mas espantosas alucinaciones; mi espíritu ha visto espectáculos horribles en los que el asesinato ejercía sus sangrientas funciones; he oído la voz de los celos, esa funesta enfermedad de mi alma, gritarme con acento lúgubre: ¡perfidia! ¡traición! Ahora mismo, Wenceslao, al entrar en tu cuarto, he sentido cerca de mí una sombra, un espíritu enemigo que me cerraba el paso, y que como la mano de una rival me rechazaba lejos de ti; y era tanto lo que sufría mi corazón, que al acercarme á tu lecho, al hallarte solo esperando la presencia y los cuidados de tu Isabel, he bendecido tus heridas que te entregan exclusivamente á mi amor, y he deseado que se prolonguen tus sufrimientos por toda una eternidad.

— Amada mía, repuso Wenceslao besando con ardor las manos de la joven, hay palabras que solo deben escucharse de rodillas; tales son las que acabas de pronunciar. ¿Qué he hecho yo para merecer el amor de un ser tan hermoso y sublime como tú? Y cuando poseo esta dicha que me envidiarán los ángeles del cielo, ¿había de pagarla con la perfidia, en vez de una eterna adoración? ¡Oh, Isabel! ¡mi destino esos insensatos temores como una injuria hecha á tí misma y á tu amor.

Hablando así, Wenceslao era sincero, pues como hemos dicho, sus ideas de ambición se habían desvanecido á la presencia de Isabel. La joven se sonrió con ternura, moviendo tristemente la cabeza.

En ese momento el reloj del salón dió las doce.

— ¡Dios mío! dijo Isabel, es media noche, y yo no

APUNTES SOBRE LA EXPEDICION DE COCHINCHINA, POR M. J. RUDLER.



Al ver la gigantesca volatería del país los turcos olvidan el cuscusú.



Marcha divertida.

he pensado aun en curar tu herida.

Un terrible recuerdo brilló como un relámpago en la memoria de Wenceslao, que llevó vivamente las manos al pecho.

Era tarde; Isabel lo habia descubierto al levantar el apósito de la herida.

Un profundo silencio reinó entonces en el cuarto. Wenceslao, inmóvil de confusion y terror, miraba á Isabel, que pálida como una muerta, tenia entre sus manos un guante negro que examinaba con mirada fija y devorante.

De repente sus grandes ojos se abrieron desmesuradamente; de su pecho se exhaló un grito ahogado, sus brazos se deslizaron inertes á lo largo de su



Blondin no estaria aquí de mas para dar lecciones de equilibrio.

cuerpo, sus piés vacilaron, y cayendo sobre sus rodillas, ocultó su frente en el suelo.

En la parte interior del guante, sobre la cinta que contiene el resorte, Isabel habia leído el nombre de Manuela Rosas.

— ¡Isabel, amada mia, dignate escucharme un momento, no me condenes sin oirme! exclamó Wenceslao, tendiendo los brazos para levantarla.

Ella le rechazó en silencio, volviendo á su primera actitud.

Largo rato quedó asi, inmóvil, silenciosa é insensible á las súplicas de Wenceslao.

Después alzó su frente; pasó por ella la mano como para avivar un recuer-

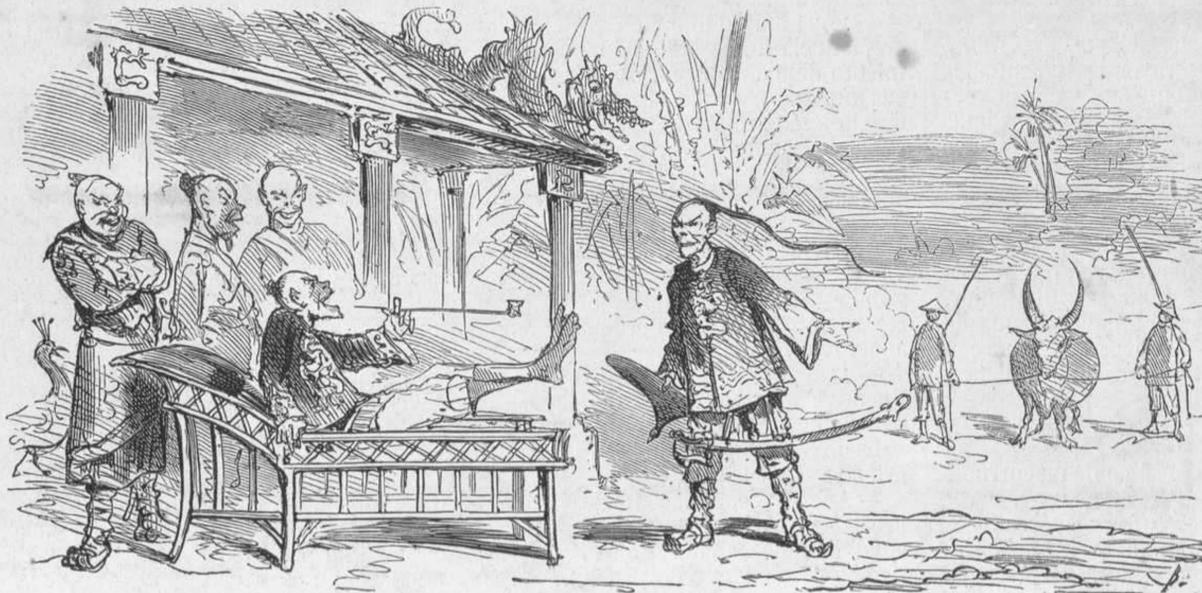


— ¡Cómo! ¡otra derrota! — Era inevitable, señor, como complemento de la toma de Wilhong.

Toda la gloria de la columna expedicionaria no impide que un súbdito de S. M. Tu Duc arroje por los aires á un músico de la quinta compañía de tiradores.

do, y poniéndose en pié:

— ¡Oh, padre mio! exclamó cruzando los brazos y elevando al cielo su profunda mirada, este golpe que hiera mi corazon es el castigo de la hija culpable, que infiel á su juramento, dejaba vagar olvidada vuestra sangrienta sombra cambiando impiamente vuestra venganza con el amor de un federal. ¡Ah! ha sido necesario que él me arroje de su corazon, para que vuelvan al mio el recuerdo de vuestra funesta muerte y el sentimiento de mi deber. Pero aun no es tarde, padre mio. El juramento que os hice bajo las negras bóvedas de vuestro calabozo, no habrá sido hecho en vano: yo renuevo aquí el voto de consagrar la sombría existencia que me



— Señor, os traigo aquí al vencedor del músico de la quinta compañía. — Por fin no siempre saldremos derrotados: le nombro caballero de mis órdenes.

espera á vuestra venganza y al triunfo de esa causa, cuyo testimonio sellásteis con el martirio.

Y volviéndose hácia su amante de la escuchaba consternado:

— Adios, Wenceslao, le dijo. Esta es la última vez que pronuncio vuestro nombre, ese nombre que mi labio se complacia en repetir sin cesar porque resonaba en mi corazon como una deliciosa música. Adios para siempre.... Amad en paz á esa Manuela Rosas cuyo gaje de amor llevais sobre el corazon; y cuando penseis en Isabel, recordadla sin remordimientos, pues vuestra perfidia la ha conducido al camino del deber, al mismo tiempo que á vos al de los honores y la dicha.

Al escuchar este terrible sarcasmo, Wenceslao, que permanecía agobiado bajo el peso de una irremisible prueba, alzó con orgullo su pálida frente, y extendiendo la mano con un gesto de autoridad, dijo a la joven, que daba ya un paso hacia la puerta:

— ¡Isabel, en nombre de tu padre, escúchame una palabra, una sola!

Isabel volvió hacia él su pálido rostro.

— Todo se ha acabado entre nosotros, dijo ella con voz triste pero firme. Un abismo nos separa; en uno de sus bordes estais vos con Manuela Rosas, en el otro Isabel y la sombra de su padre.

— ¡Oh, Isabel! ¿rehusas escucharme? Dignate entonces decir tú misma... amada mía... ¿qué podré hacer para convencerte de que ninguna otra imagen se ha acercado jamás al santuario que tienes en mi corazón? ¡Habla! Si es necesario descender al infierno para rescatar tu amor, allí bajaré.

Un profundo sollozo elevó el pecho de Isabel, que vacilante y trémula bajó los ojos para que Wenceslao no leyera en ellos su amor.

De repente su mirada cayó sobre el guante negro que estaba en el suelo. Un estremecimiento convulsivo recorrió su cuerpo, en sus negros ojos brilló un rayo de tremenda cólera, y uno de esos malos pensamientos hijos de los celos que convierten al ángel en demonio, surgió en su mente y mordió su corazón.

— Que muera para mi amor, murmuró, con tal que se aleje para siempre de ella.

Y fijando en Wenceslao una mirada fascinadora:

— Hay un sitio, le dijo, desde donde podríais persuadirme que lo que he visto esta noche ha sido solo un sueño, uno de esos malos sueños que bajan a torturar el corazón; pero ese sitio está... entre las filas del ejército unitario.

Y desapareció entre las sombras que se extendían al otro lado de la puerta.

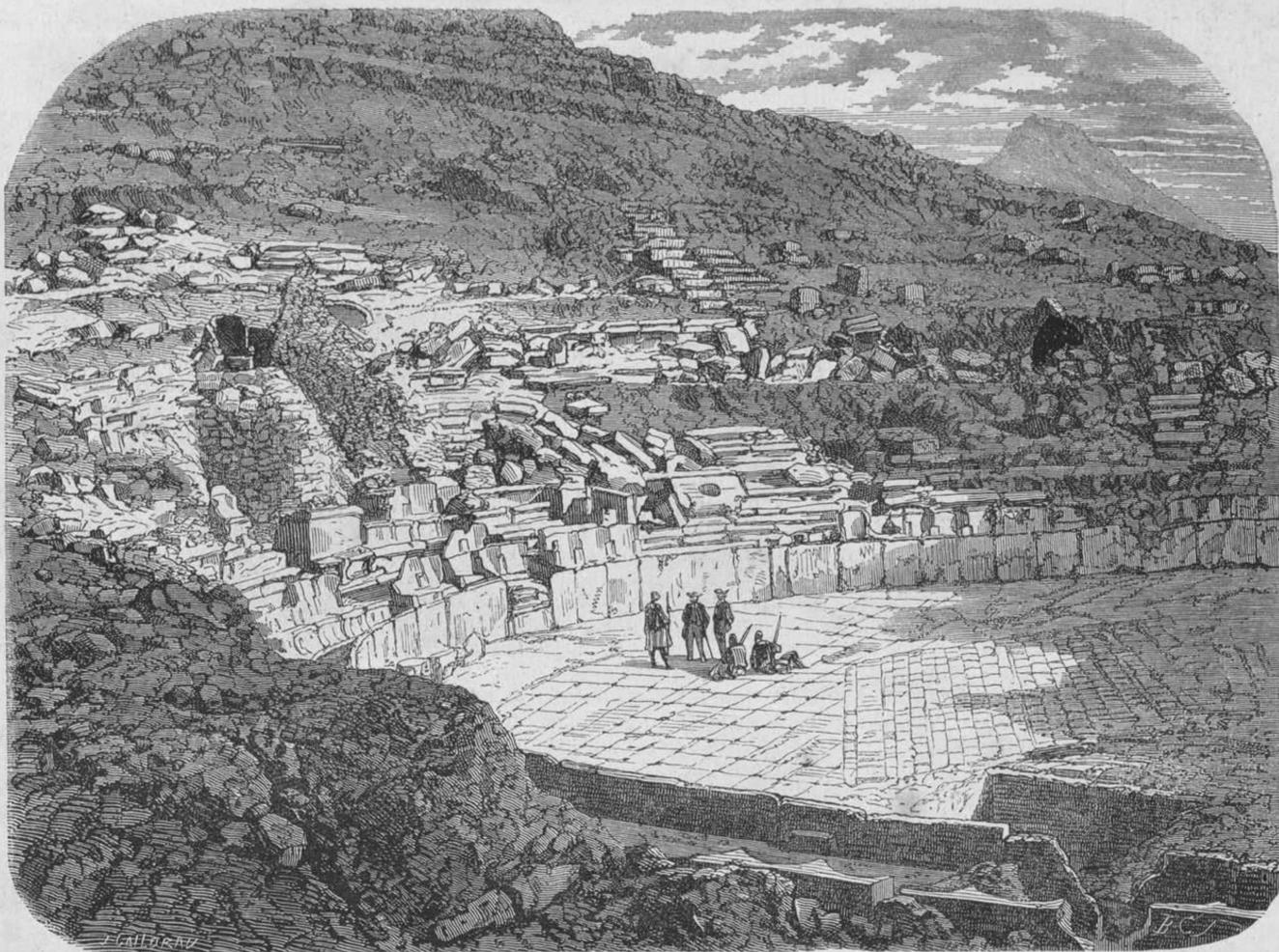
(Se concluirá.)

**Excavaciones**

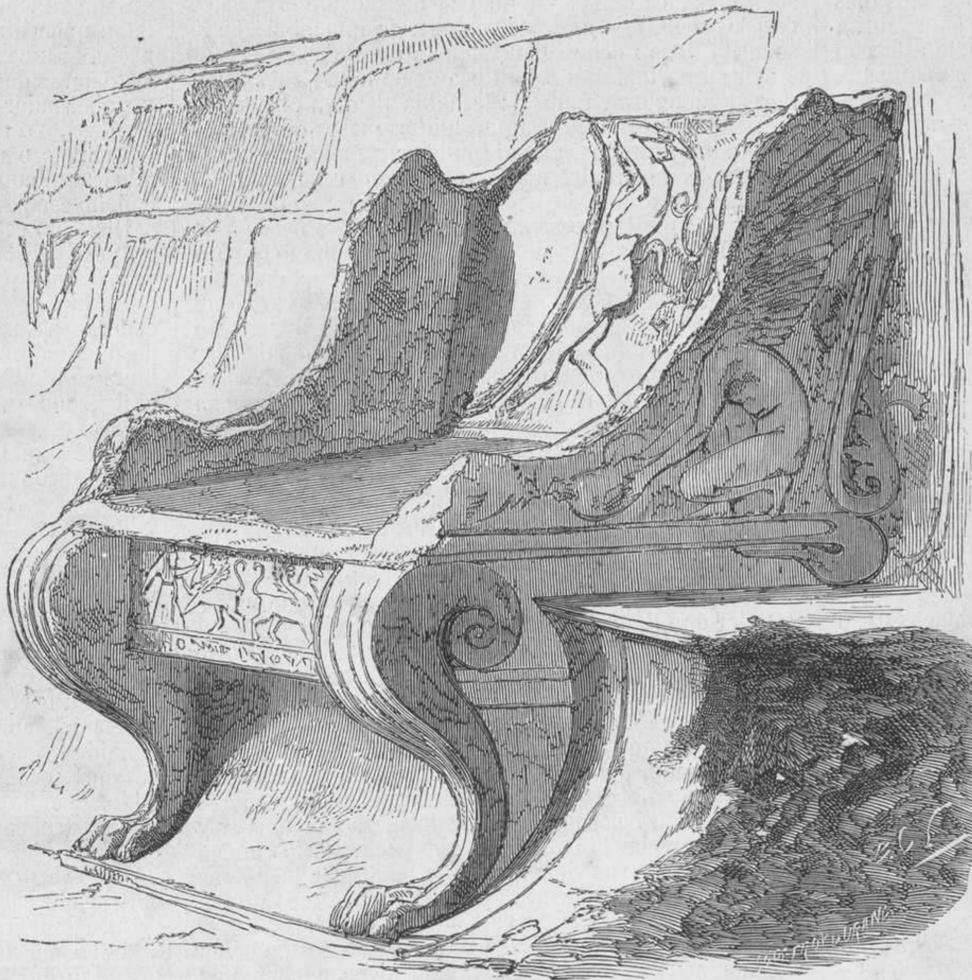
DEL TEATRO DE RACO EN ATENAS.

Se ha descubierto recientemente en Atenas uno de los monumentos mas interesantes de la antigüedad, esto es, el teatro de Baco, aquel teatro donde se representaron las tragedias de Sófocles y las comedias de Aristófanes. Le creían destruido completamente, y los arqueólogos solo estaban de acuerdo para indicar el sitio que había debido ocupar en el flanco meridional del peñón de la Acrópolis, donde aun sobresalían en la tierra algunos vestigios de gradas. Es muy extraño que nadie durante largo tiempo haya pensado que esa tierra formada de escombros debía cubrir algunas curiosidades arqueológicas. Los griegos aprovechaban generalmente la inclinación del terreno para la construcción de sus teatros, y hasta cortaban las gradas en la peña. Por lo tanto, era preciso llegar hasta la peña. Esta idea tan sencilla nació en una cabeza alemana.

A principios del año úl-



Vista general de las excavaciones del teatro de Baco en Atenas.



El sillón del gran sacerdote de Baco.



Bajo-relieve é inscripcion que adornan el delantero del asiento.

timo, el profesor Strack, arquitecto del rey de Prusia, emprendió a su costa las excavaciones, y al cabo de quince días de trabajo tuvo la suerte de encontrar un primer escalon a diez y siete piés de profundidad.

Desde entonces las obras se han continuado bajo la dirección de una comisión, y ellas han puesto a descubierto una gran parte del hemiciclo, la orquesta y los restos del escenario, quedando ya muy poca tierra que sacar para que salga otra vez a luz el conjunto del anfiteatro semi-circular. Nuestro dibujo demuestra el estado actual de las obras.

Por los autores se sabe que este teatro fué reconstruido en parte en tiempo del emperador Adriano: el escenario se acercó mas al centro, lo que estrechó la orquesta considerablemente. Todo lo que se halla por ese lado es efectivamente de obra romana. Son muros de ladrillos mezclados con los cimientos de mármol, restos de columnas con los capiteles de ho-

jas de palmera propios de la época, puertas abovedadas, y a lo largo de la pared de sostenimiento de la escena, bajo-relieves bastante bien hechos del tiempo de los emperadores. El empedrado de la orquesta es tambien moderno relativamente; pero un canal subterráneo que da la vuelta a la orquesta para recoger las aguas de lluvia, las gradas de piedra del Pireo y una hilera de sillones de mármol que forman la primera fila, son evidentemente de la época griega. Esta hilera de asientos forma la parte mas curiosa del teatro: son de mármol pentélico, varios de ellos adornados, y todos tienen grabado el nombre del personaje a quien estaban destinados.

Se ven pues allí los del estratego, el heraldo, el gerofanto, los de los principales sacerdotes, y en el centro, en el puesto mas honroso, el del gran sacerdote de Baco, que presidía las solemnidades escénicas. Este sale a relucir en la comedia de las *Ranas*, de Aristófanes, donde Baco, disfrazado de Hércules, espantándose a la vista de un monstruo que se aparece a la entrada de los infiernos, exclama dirigiéndose al gran sacerdote: « Sacerdote, sálvame; » y corre a esconderse detrás de su sillón.

Reproducimos esta obra, que además del interés arqueológico que presenta, es notable artísticamente hablando. Desgraciadamente ha sufrido algunas mutilaciones; los dos genios acurrucados a la derecha y a la izquierda no tienen cabeza, y no se puede adivinar qué es lo que hacen. Sin embargo, un examen atento de estos dos bajo-relieves, sobre todo el de la izquierda, menos deteriorado, inclina a creer que representan un combate de gallos. Sobre el respaldo, dos sátiros danzantes llevan un racimo de uvas; esto no es un bajo-relieve que habria incomodado a la persona sentada, sino un dibujo grabado ligeramente en hueco sobre el mármol. Por fin, en el delantero del sillón, otro bajo-relieve nos muestra dos guerreros en traje asiático combatiendo contra dos animales fantásticos. La actitud de estas figuras es muy enérgica, lo mismo que los sátiros, y sobre todo los genios acurrucados son de una elegancia y de un es-

tilo que recuerdan la época principal del arte griego. Entre los detalles de ornamentación señalaremos una hoja de acanto encorvada de un gusto maravilloso. En suma, tal cual está este sillón, merece figurar al lado de los restos más preciosos del siglo de Fidias.

P. P.

### Sacrificio y recompensa.

A mediados del verano de 1840, Ernesto Laroche llegó al patio de las mensajerías generales de París; venía en la diligencia de Burdeos para casarse con la señorita Rosa Morin, hija de un rico fabricante retirado del comercio hacia algunos años ya. Ernesto era el único heredero de un armador amigo del señor Morin desde la infancia, y el matrimonio que iba a celebrarse había sido arreglado entre ambas familias unos cuantos meses antes. El joven no conocía a su prometida; solamente sabía dos cosas: una, que la señorita Rosa era rica, esto era lo que había decidido a su padre; otra, que no era agraciada, lo cual le había decidido a él; pensaba como el poeta:

« Una mujer menos hermosa ama mejor, y a lo menos, — Humilde y tímida, pone todos sus conatos en agradar; — Es tierna; tiene miedo en llorar vuestra ausencia. — Fiel, pocos amantes combaten su constancia. — Y su carácter igual, su alegría fácil, — Por costumbre, ocupan el lugar de la belleza en su frente. »

Ernesto Laroche, con sus veinte y cinco años y la costumbre que tenía de las buenas compañías en Burdeos, estaba algo avergonzado del papel que venía a representar a París; era ni más ni menos que *Dorante* que llegar para casarse con *Silvia*; pero aquel matrimonio iba a fijar su posición y colmar los deseos de su padre. La primera persona que distinguió en el patio de las mensajerías fué el señor Morin. Su vista le afectó desagradablemente, hubiera querido apearse con toda comodidad, escoger una fonda, donde libre de aquellos efectos, hubiese podido disfrutar durante algunos días de la independencia que iba a perder. El señor Morin, viejo todavía ágil y muy activo, le acometió, le estrechó paternalmente en sus brazos, se apoderó de su equipaje, que mandó colocar en un coche de alquiler, y llevándole él mismo de la mano le hizo subir a su carruaje, que tomó al galope el camino del Marais. El señor Morin, después de retirarse de los negocios, vivía en las inmediaciones de la plaza Real.

— Apuesto, le dijo, a que si no llego a estar ahí, no te vemos hasta mañana, y nos hubieras hecho la ofensa de irte a dormir a una fonda.

— Mi querido señor...

— Llámame tu suegro.

— No os niego, replicó Ernesto, que mi intención no era efectivamente presentarme en vuestra casa esta noche.

— Llámame tu suegro, dijo por segunda vez el señor Morin.

— Sí, suegro mío, este traje de camino, algo de cansancio, y el respeto que por otra parte tengo a vuestra señora y a la señorita vuestra hija...

— ¡Basta! ¡basta! excusas y nada más, dijo el señor Morin; mi mujer era amiga de tu madre y te vió nacer; en cuanto a Rosa, que tú llamas señorita, se acuerda de tí, y tú no debes haberla olvidado; tenías doce ó trece años cuando la hacías saltar sobre tus rodillas, una buena chica ¿no es verdad?

— Indudablemente, pero...

— Tres semanas hace que tu cuarto está preparado. ¡Oh! ¡Dios mío! no te molestaremos con cumplimientos; mañana a las cuatro te casamos en la alcaldía; a las cinco en la iglesia; el alcalde y el cura están ya avisados; a las seis montamos en el coche y vamos a Chatou, a mi casita de campo; allí pasareis vuestra noche de novios. Tu padre sabe todo esto, como que la señora Morin se lo ha escrito.

Era muy cierto que ambas familias estaban bastante unidas para autorizar al señor Morin a obrar con una eficacia tan familiar, y que el matrimonio de los dos jóvenes estaba ajustado de modo que no debía ya deshacerse; pero sin embargo, Ernesto pensó que su futuro suegro disponía de él con un despotismo muy particular.

— Siento mucho, mi querido suegro, dijo cogiendo las manos del señor Morin, trastornar vuestros proyectos, pero tendreis que retrasar por algunos días mi felicidad.

— ¿Y eso por qué?

— Es, respondió Ernesto sonrojándose un poco, que no traigo todos los papeles necesarios para presentarme en la alcaldía. Teneis prisa para casarme, yo la tenía para responder a vuestras bondades y hacer la corte a vuestra hija. He partido sin detenerme, y el tiempo de legalizar mis documentos ha sido más largo que mi paciencia... dentro de algunos días llegarán. Por otra parte, añadió Ernesto, necesito tiempo para agradar a vuestra hija. ¿Y si yo no conviniese a la señorita Rosa?

— Rosa, Rosa, replicó el anciano, no será tan indiscreta que me desobedezca cuando la presento un guapo chico, un mozo completo; no podía hallarle ella mejor ni aun en París.

— Sois muy bueno, dijo Ernesto, y me lisonjeais; pero no me gustaria deber solamente a la obediencia de la señorita Rosa sentimientos...

— ¿Quieres callar?... Rosa te adorará, y yo respon-

do. Lo que me incomoda es el retraso de esos papeles... Veremos... iré a hacer una visita al alcalde después de comer.

En esto llegaron al patio de la casa que ocupaba el señor Morin, y aun antes que este bajara del coche, un criado le entregó una carta. La tomó el viejo, salió apresuradamente del carruaje y corrió a un rincón del patio a ojearla con rapidez. Puso en seguida la epístola en un bolsillo, y volviéndose hacia Ernesto, limpia la frente de toda nube, le dijo:

— En resumen, amigo mío, me parece después de reflexionarlo, que la falta de papeles es una grave dificultad, insuperable si se quiere; por mas que uno sea amigo de su alcalde, no se le puede inducir a que falte a la ley, ni aun a cometer esas irregularidades que más tarde pueden tener desagradables consecuencias. Amigo mío, esperaremos.

Ernesto se quedó tan sorprendido de la insistencia del señor Morin, como de la facilidad con que acababa de acomodarse a su opinión. Sin embargo, se dejó conducir al salón, donde le esperaban la señora Morin, su hija, y algunos amigos reunidos para festejar la llegada de un yerno anunciado de mucho tiempo e impacientemente esperado. Todas las fisonomías respiraban franqueza y alegría. La señora Morin recibió al joven como a un hijo del que hubiera estado separada por un largo viaje; se enterneció con el recuerdo de la madre de Ernesto, y le dijo que nada había deseado jamás tanto como un hijo semejante a él, y que sus votos se habían colmado, puesto que este deseo iba a realizarse. Una ojeada que echó Ernesto a la niña le enteró de que si la señorita Rosa no era linda, a lo menos no era fea. Era una buena figura, alta, de buena talla, y cuyo rostro no tenía, es verdad, un aire distinguido, pero llevaba las señales evidentes de una buena salud y de un genio dulce e igual; su carácter abierto respiraba lealtad, franqueza, y ese respeto a sí mismo que es una garantía de la conducta que se observaría con otro.

— No se lee en los corazones, dijo Ernesto entre sí, pero, ó mucho me engaño, ó esa muchacha sería una compañera segura, una mujer fiel y solícita, una celosa madre de familia. Y como que se casaba con una persona más rica que él y tenía este algunos de los gustos de provincia, dijo más, al ver el traje intachable de la señorita Rosa: debe ser una chica hacendosa.

Por su parte, la señorita Rosa examinó a Ernesto con una atención muy natural: le había visto en otro tiempo siendo aun niña, durante algunos meses de permanencia en Burdeos, adonde había acompañado a sus padres: se acordaba confusamente de un muchacho alto que tan pronto la hacía brincar sobre sus rodillas y la entretenía las horas muertas, tan pronto desdeñaba ocuparse de una niña de seis años, la tiraba a la cara su muñeca, y corría a buscar sus compañeros de juego tan alborotadores como él. Ernesto se había vuelto un buen mozo, de figura expresiva y abierta, el cual, no obstante el desorden de su traje de camino, dejaba ver en todos sus movimientos una distinción innata, haciendo resaltar su buen fondo y excelente educación a cada palabra. También descubrió en sus facciones algo de decidido y marcial que prometía la cualidad que más apreciaba la señorita Rosa y poseía mejor, la franqueza. Alargó espontáneamente la mano al joven, que la estrechó entre las suyas con una expresión de buena amistad, que no era precisamente expresión de amor, sino una prenda de solicitud y protección. El señor Ernesto Laroche tenía suficientes alcances para no comprender que iba a hacer una boda de conveniencia, estrechar lazos de estimación y afecto ya antiguos entre ambas familias, y que hubiera sido ridículo fingir un amor imposible a primera vista, y al que era preciso dar tiempo de nacer y desarrollarse. La comida se siguió inmediatamente a la presentación oficial de Ernesto. Fué buena, porque el señor Morin era gloton, y larga, para satisfacer el poquito de vanidad vulgar de la señora Morin, celosa al tener a la mesa convidados y hacerles apreciar la habilidad de su cocinero, la calidad nada común de sus vinos, y el lujo de su vajilla.

— La hija, decía Ernesto para sí, valdrá más que la madre; vera por encima esas mezquindades de la riqueza, que procuran hacerse valer por una ostentación ridícula, y no consiguen más que provocar la envidia de los necios, y la risa un tanto desdeñosa de las personas razonables.

Había reparado que la señora Morin estaba cubierta de diamantes, diamantes pendían de sus orejas, brillaban en collar sobre su garganta y relucían en todos sus dedos: al paso que la señorita Rosa no llevaba una sola alhaja: esta fué una observación favorable a la joven. Así que cuando se levantaron de la mesa, se acercó a la señorita Rosa, y sin afectación alguna, sin inquietarse absolutamente de si le escuchaban ó no, se quitó un anillo de su dedo, y tomando la mano de la joven, quiso hacerle pasar al delicado anular de Rosa.

— Señorita, es el anillo de mi madre, la dijo: indudablemente tendré el placer de ofreceros joyas más hermosas que esa, pero nunca de tanto valor.

La mano de Rosa tembló entre las de su prometido, y su semblante se sonrojó y palideció sucesivamente, y se puso como indispuerta. El señor Morin en aquel momento se hallaba detrás de su hija; no notó este pequeño incidente, muy natural, según él, al punto en que se encontraban las cosas, y se apresuró a decir:

— Tómalo, Rosa, tómalo, que ese anillo te traerá felicidad.

— Sí, replicó Ernesto, porque mi madre ha participado siempre de la dicha que ha dado a mi padre.

La señorita Rosa recobró un poco de imperio sobre

sí misma, y aceptó el anillo poniéndose colorada y bajando los ojos.

— Héteme ya casado, decía entre sí Ernesto; tiene el anillo de boda de mi madre, luego está comprometida. Se ha puesto pálida, colorada; su mano ha temblado entre la mía; es muy sencillo, el lazo que va a contraer hace titubear a la más atrevida.

— Qué lástima que no tengas tus papeles, dijo el señor Morin dándole un golpecito en el hombro.

Ernesto estuvo a punto de confesar su ardid, lo cual, sin embargo, hubiera sido muy difícil; una mirada suplicante de Rosa le contuvo. Se hacía tarde, y tuvieron a bien acordarse que el novio acababa de recorrer ciento sesenta leguas y que había pasado tres días en coche, y le hicieron retirarse al aposento que le estaba preparado. El señor Morin le acompañó hasta la alcoba. El antiguo negociante no sentía ambición por sí mismo; la tenía por su yerno, ó mejor dicho, por su hija, y lo disimuló con bastante maña no hablando más que del único interés de su yerno en ciernes.

— Hasta el presente, le dijo, no has gozado más que de una mediana fortuna, aunque con independencia. Tu boda te va a volver rico. ¿Qué harás entonces? Hé aquí lo que me preocupa de algunos días a esta parte. ¿Has pensado en ello?

Ernesto confesó que hasta la presente no había pasado por su imaginación otra cosa que continuar sus estudios, y que sus únicas preocupaciones habían sido las distracciones literarias y los placeres de su edad.

— Tonterías de la juventud, dijo desdeñosamente el señor Morin, que un hombre sensato debe echar a un lado. Lo que tú necesitas es una carrera, y tu nueva posición va a abrirla y trazarla a tu vista. Escucha: el dote de mi hija consiste en dinero contante y sonante; ya que posees algunas fincas en Burdeos, comprarás algunas más, tierras en la provincia, una casa en la villa misma. Una vez que figures en la lista de los mayores contribuyentes, entras en el consejo municipal, que te conducirá a la fuerza a formar parte del consejo general. En este estado, ya no te falta más que dar un paso para llegar a ser diputado; con que publiques dos ó tres folletos sobre caminos vecinales ó sobre la industria vinícola tienes bastante; y cuando uno es diputado, nada más fácil que obtener un gobierno civil. Ernesto, si amas a tu mujer, a tu familia y los niños que no dejarás de tener, antes de cinco años eres diputado y gobernador de la Gironda ó alcalde-corregidor de Burdeos. Yo no quiero nada para mí, añadió el señor Morin; pero mal habían de ir las cosas si un antiguo fabricante como yo, suegro de una entidad política, no concluyese por ser condecorado.

Diciendo esto, el señor Morin se retiró y dejó al cabo un poco de libertad a Ernesto, que se caía de cansancio y cuyos ojos se cerraban involuntariamente. En vano quiso luchar contra el sueño que le rendía; fué preciso ceder a pesar suyo. Ernesto cerró pues su puerta, se desnudó con celeridad, y después de dar un soplo a la bujía se metió en una cama cuya blandura hacía honor al delicado esmero de la señora Morin, y que no era preciso estuviere tan cómoda para invitar al sueño a un hombre agobiado por la fatiga; así es que Ernesto se durmió profundamente.

Apenas cerró los ojos se le presentaron imágenes flotantes que le trazaban las escenas a que había asistido y las esperanzas dadas por el señor Morin. En sueños se vió en el hermoso paseo de Tourny; en el ojal lucía la cinta de la Legión de Honor; Rosa, su mujer, iba colgada de su brazo, y delante se recreaban dos hermosos niños; luego cambiaba la escena; era corregidor ó jefe político, tal como lo había predicho el señor Morin, y su carruaje le esperaba en el patio para llevarle a casa del capitán general, donde la buena y dulce Rosa le había precedido; en fin, estos cuadros fantásticos se desvanecieron y su sueño era tan profundo como apacible, cuando se proyectó un resplandor en sus cerrados párpados, y el contacto de una mano que le tocó el hombro le sacaron de su letargo y le hicieron abrir los ojos.

Ernesto, sacado tan bruscamente de su sueño completo, se incorporó sobre los codos, y cuando su vista se hubo acostumbrado a la claridad de la luz y pudo distinguir los objetos, su razón se rehusó todavía a creer la realidad de la visión que se le presentó. Eran las tres de la mañana, todo dormía en la casa, su puerta estaba herméticamente cerrada, y a los pies de su cama se hallaba derecha la señorita Rosa Morin con el mismo vestido con que la vió la vispera y una vela en la mano.

— ¡Oh, Dios mío! exclamó aquel; señorita, sin duda ha ocurrido algún accidente desde que he salido de vuestro salón. ¿Qué desgracia os allige a unos ó a otros? Vuestro señor padre... vuestra señora madre...

— Duermen tranquilamente en su cuarto, dijo la joven colocando la luz sobre la mesa de noche, y se sentó en una butaca ocultando la cabeza entre sus manos.

Ernesto, que en sueños acababa de tener a la señorita Rosa agarrada a su brazo y admirar con amor los dos preciosos niños que aquella le había dado, tuvo precisión de reunir sus facultades intelectuales para rechazar lejos de él las imágenes que aun ocupaban su mente y para volver completamente en sí. La señorita Rosa levantó la cabeza, y sacando de su dedo el anillo que había recibido pocas horas antes, lo presentó al joven y con los ojos anegados de lágrimas, la voz entrecortada por los sollozos le dijo:

— Caballero, no soy digna de esta dádiva, que proviene de vuestra madre; volved a tomarla, no merezco que os caseis conmigo; soy una muchacha perdida.

Ernesto se sentó precipitadamente, y rechazando el

anillo que le alargaba Rosa, besó la mano de la joven. Esta cayó de rodillas junto al lecho de Ernesto y dió curso libre á sus lágrimas. Al cabo, sobreponiéndose al dolor, se levantó y se sentó otra vez al lado de la cama.

— ¡Vos, señorita, le dijo Ernesto, vos una mujer perdida! no lo digais.

El rostro de la señorita Morin habia recobrado su expresion habitual de sosiego y tranquilidad; estaba hecha la fatal confesion, y su buen juicio natural la hacia conocer que lo que aun le quedaba por decir no podia menos de disculparla para con aquel que asi venia á buscar en el silencio de la noche para descubrirle su vergüenza y sobre todo su infortunio: comprendia todo lo que tenia aquel paso de laudable y generoso, y recobró el valor.

— Caballero, sé muy bien que me habeis visto cuando niña; pero estos recuerdos se nos han borrado á uno y otro de la memoria y no es menos cierto que solo os conozco de pocas horas acá. Pues bueno, con nadie en el mundo puedo contar mas que con vos; sois mi protector, mi único amigo. ¡Dios mio! ¿qué será de mi si os he juzgado mal, ó si me rehusais unicamente vuestro apoyo?

— Señorita, exclamó Ernesto, desde el momento en que os vi me he entregado á vos. Esposo, amigo, protector, cualquier titulo que tengais á bien darme, contad conmigo.

— Lo sé, respondió Rosa con la seguridad de una mujer á quien la desgracia prestase precoz perspicacia; mi padre, continuó, es un hombre honrado, débil y violento á la vez; me ama demasiado para que yo pueda temer su cólera; pero no sabria aconsejarme ni vengarme; mi madre, si supiese mi desventura, divulgaria mi vergüenza, no por castigarme, sino porque no estaria en su mano ocultar su desesperacion; una vez mas, si no acudis en mi ayuda, soy perdida y no veo otro refugio que una muerte violenta.

La señorita Morin ya no lloraba, como hemos dicho; habia recuperado toda su tranquilidad, toda su calma, y hablaba con una seguridad modesta que tenia algo de tan sencillo y al mismo tiempo de tan terminante, de tan convincente, que causó espanto á Ernesto; él, por su parte, era de un carácter decidido y en muchas circunstancias de su vida no habia retrocedido ante partidos extremos. Asi que respondió tranquilamente á la joven:

— Teneis razon, señorita; pero aquí me teneis.

— Entonces, caballero, voy á haceros una triste relacion, repuso la señorita Morin, y vereis que mi presencia á estas horas y en este sitio era impuesta por el decoro.

Mañana podreis observar, al final de la calle en que vivimos, una casita antigua y ahumada que data, segun dicen, del décimosexto siglo, lo que fácilmente reconocereis en sus estrechas ventanas y en los lienzos de madera que se cruzan en la fachada.

Allí vive Carlos de Elbene, que por mi desgracia tiene antepasados que nuestros escritores citan en muchas épocas de nuestra historia, y particularmente en el tiempo de la Fronda. El señor de Elbene, cuya familia jamás ha sido rica, carece absolutamente de bienes de fortuna, ha perdido hace mucho tiempo á sus padres y vive solo con un antiguo criado que le ha visto nacer, y que por apego hacia él ó mas bien por su nombre, nunca ha querido abandonarle. El señor de Elbene no ha tenido para vivir hasta la presente mas que una renta igual apenas al sueldo del empleado mas inferior; pero sin hablar de la dudosa ventaja de su nacimiento, tiene una estatura elevada, su presencia es bastante bella y goza de todas las gracias y todo el encanto de la juventud; se trata con poca gente, pero no deja de ser muy conocido en el Marais, que los Elbene habitan hace doscientos años. Debo decir tambien, caballero, para ser verídica, que es muy apreciado; le miran como el vástago caido de una familia en otro tiempo poderosa y distinguida, y al que sin embargo de que le falta solo la fortuna, se le agradece el saludo mas ligero, la menor sonrisa, y él hasta ahora no se ha mostrado indigno de esta benevolencia general, de esta honrosa simpatia, aunque esté limitada á las pocas calles vecinas á la en que habitamos. Era difícil que el señor de Elbene no me encontrase á cada paso; en cuanto á mí, no habia reparado en él. Hace cerca de un año que una joven viuda y llena de hijos, se consumia en su desvan, enferma y sin tener que llevarse á la boca. Resolví ir á verla y aliviar su miseria. ¡Ay! poco mérito tenia que socorriese semejantes infortunios, puesto que mi padre ponía á mi disposicion mas dinero de lo que me era menester para satisfacer todos mis caprichos, y me han enseñado desde bien temprano que lo superfluo de los ricos pertenece á los pobres. Iba pues á ver á aquella mujer infeliz. De pié y delante del lecho de la enferma, hallé al señor de Elbene. ¿Sabia este que le encontraría allí, y quiso aparecer á mis ojos generoso y humanitario para seducirme mas facilmente? Es lo que todavia ignoro. Si tal ha sido su objeto, no podia buscar cosa mejor para conseguir sus fines. Me conmovió ver un joven que yo sabia era pobre, adelantarse en una buena accion, y creí que el óbolo del señor de Elbene era mas agradable á Dios que el oro que llenaba mi bolsillo. Poseída de todas estas ideas me sonrojé al tropezar con el joven noble y di un paso hacia atrás para retirarme.

— Por favor, señorita, me dijo adelantándose hacia mí, que mi presencia no os cause horror, voy á marcharme... En el momento en que entrabais, no sé qué presentimiento me anunciaba vuestra venida. Decia á

Magdalena que no desesperase, la decia que en este mundo los bienes y los males se suceden, y que cuanto mas desgraciada es, mas debe confiar en que su suerte variará; vuestra venida confirma mis palabras. Valor, Magdalena, añadió dirigiéndose á la enferma, ya estais bajo mejor proteccion que la mia. Esta señorita os trae la salud, y mas tarde vendrán el trabajo y el bienestar.

Acarició los niños, me saludó con finura y desapareció antes que yo hubiese vuelto de mi asombro.

— ¿Ese joven, preguntó Ernesto, sabia que debiais ir á casa de aquella pobre mujer, ó mas bien era él quien os hizo avisar la enfermedad de esa Magdalena?

— Es probable, respondió Rosa: supe, en efecto, por la enferma, que iba á verla con asiduidad hacia dos ó tres dias, y que no la dejaba carecer de nada.

— El lazo estaba bien tendido, dijo Ernesto con despecho.

— Ya no nos encontramos mas en casa de la pobre viuda, continuó la joven bajando los ojos. Pero desde aquella época, el señor de Elbene dispuso el modo de multiplicar las ocasiones de verme. Apenas salgo mas que con mi madre, y rara vez á pié; pero desde que nuestro carruaje entraba en la calle, el señor de Elbene estaba á una esquina ó á la otra. Cuando se cercioró que habian notado estas evoluciones, se hizo presentar en casa de mi padre, lo cual era pedir mi mano, y mi padre no se equivocó.

El señor Morin, prosiguió la señorita Rosa, es un hombre del pueblo, es un rico novel, y sin embargo no tiene la debilidad de los hombres de fortuna; despues de haber envidiado quizá á la nobleza, no procura á lo menos aliarse con ella. La nobleza para él no existe, no la comprende, no sabe lo que es, no se inquieta con sus pretensiones; no se cree ni mas ni menos que ella, su hermoso nombre no tiene prestigio para él. Así pues, no veia en el señor de Elbene mas que un joven pobre, ocioso y sin industria. No era yerno lo que le hacia falta, de modo que el mismo señor Morin provocó una explicacion.

— Caballero, dijo al señor de Elbene, estoy retirado del comercio y casi del mundo; yo no tengo crédito ni relaciones, y no veo en qué puedo servirlos; no podeis frecuentar mi casa como lo haceis, sino por mi hija. Si me engaño, comprendereis fácilmente que vuestras visitas la comprometen; si acierto, debo advertiros que tengo acerca de mi hija proyectos que no son los vuestros, caballero, y que he dispuesto de ella.

El señor de Elbene respondió con la confesion del amor mas violento; no habló de su nacimiento ni de su escasa fortuna: se limitó á decir á mi padre que al solicitar á su hija, obedecia á una pasion irresistible que duraria tanto como él. Se le suplicó que suspendiese sus visitas, y obedeció. Mi madre no participaba de la repugnancia de su marido; la persona del señor de Elbene la convenia, y la hubiera halagado poder llamar á su hija la señora de Elbene, ó mejor todavia, la señora vizcondesa de Elbene, puesto que este era el título del que me pretendia. Hay mas, lo que interiormente sucedió en casa se divulgó por el barrio. El Marais es un pueblo en pequeño, y todo el mundo se interesó en el amor de un joven dulce y benévolo, y al que no faltaba mas que la fortuna para aprovecharse de las ventajas que tenia por su nacimiento y educacion. Criticaban que mi padre, rico moderno, rehusase una honrosa alianza, y que debia labrar la dicha de su hija. El señor de Elbene me escribió, me renovó las protestas de su pasion, me juró, á pesar de la opinion de mi padre, eterna constancia: quiso saber solamente si sus sentimientos no me ofendian. Cometí la imprudencia de responderle. Si esta fué mi primera falta, dijo sonrojándose la señorita Rosa, consistió en que, como mi madre, como nuestros vecinos que se interesaban por el señor de Elbene, estaba alucinada, y mas que todos ellos aun. Sin embargo, mi padre, celoso por establecerme, pactó mi casamiento con el hijo de uno de sus amigos: las palabras estaban empeñadas y el contrato extendido antes que yo supiese nada. El esposo elegido por mi padre se presentó, y me dieron orden de recibirle bien.

Quizá, y á pesar de mi naciente amor hacia el señor de Elbene, habria obedecido; pero al dia siguiente supimos que aquel joven habia sido herido gravemente en un duelo, y que retiraba su palabra. Mi boda estaba deshecha. Habreis adivinado ya que el provocador en aquel desafio fué el señor de Elbene. Me escribió para justificarse, y pretextando que no podia hacerlo holgadamente en una carta, me pidió una entrevista. Nada mas fácil, segun él, que vernos; la casa tiene un jardín que concluye en un pabellon, cuya puerta da á una callejuela desierta; no tenia mas que ir de noche á aquel pabellon y procurarme la llave de aquella puerta. Sin ocultármela la gravedad del paso que se me proponia, hice lo que muchas jóvenes habrian hecho en mi lugar, seguir el impulso de mi corazon: consentí en ver de noche, sola, en un pabellon aislado, un hombre que me amaba, y que acababa de exponer su vida por arrancarme á un matrimonio odioso.

Temblando, agitada y confusa, abrí aquella puerta fatal y recibí al que debía deshonrarme.

Aquí se detuvo la señorita Rosa, y no obstante todo el dominio que habia llegado á tomar sobre si misma, cubrió sus mejillas copioso llanto, y sollozos mal reprimidos la impidieron continuar. Ernesto, inmóvil y con los ojos bajos, no se atrevia á aventurar una palabra ni una mirada siquiera. La señorita Morin prosiguió:

El señor de Elbene tuvo conmigo el respeto que hubiera tenido con una divinidad; deploró su estrella; dichoso y desgraciado á un tiempo, decia, puesto que si por un lado habia tenido la suerte de hacerme corres-

ponder á su pasion, por otro le reducian á la desesperacion los rigores de mi padre. Era pobre, hé aquí su única falta; maldecia tambien mi fortuna; me hubiera querido miserable y él rico con todos los tesoros de las Indias para ponerlos á mis plantas. Cuando habia sabido que me destinaban á otro, su cólera, su rabia, su dolor no habian podido contenerse; habia mirado al que me destinaban como un enemigo capital; le habia insultado, era cierto, pero mi nombre no se pronunció: un motivo extraño á mi familia y á mi habia servido de pretexto á aquel desafio, y me confesó con lágrimas que no se creia bastante correspondido para ser mi caballero; finalmente, cifraba su esperanza en mi únicamente, de mi dependencia no solo su felicidad, sino su vida. Como que estas palabras se contradecian á si mismas, claro estaba que yo era la única causa de la sangre vertida y que el señor de Elbene me ocultaba una parte de la verdad; sin eso, ¿cómo se hubiera roto tan pronto aquel matrimonio proyectado! Pero aquel joven, cuya vista me habia seducido ya, acababa de fascinarme con el encanto de sus palabras, su simpático metal de voz y cierta gracia en los modales que hasta entonces jamás habia visto en él. Nuestras entrevistas se multiplicaron. El señor de Elbene hallaba siempre un motivo para hacerlas necesarias; ya una advertencia que hacerme, ya una medida que tomar para aplacar á mi padre, y siempre me manifestaba un respeto tan grande, que aquel comercio tan peligroso era sin embargo bien inocente. Tres meses pasaron asi, cuando un pariente de mi madre pidió mi mano. El partido pareció conveniente, y mi madre, celosa por hacer ingresar de este modo en su familia la riqueza de mi padre, olvidó el interés que hasta entonces se habia tomado por el señor de Elbene. Este fué á buscar al nuevo pretendiente y le prohibió con tanta arrogancia y con amenazas tan grandes pensar en mí, que preciso fué por segunda vez renunciar á casarme; pero esta conducta arruinó por completo las esperanzas del que yo amaba, porque, dijo Rosa, le amaba entonces con violencia. Mi padre juró expatriarse antes que verme mujer del señor de Elbene; mi madre hizo igual juramento, y ni uno ni otro se ocuparon de mis sentimientos, y no se dignaron informarse si amaba ó no al hombre que alejaba todos los pretendientes á mi mano y cuya pretension era pública. Era cosa decidida que en un negocio de esta importancia mis sentimientos no se tomarian en cuenta para nada, y que mi único papel seria el de obedecer. Sin embargo, el señor de Elbene redoblabá su amor y me proponia los partidos mas extremados. Me decia que era preciso huir; que era preciso arrancarme de aquella tirania sin nombre cuyos odiosos cálculos no dejarian entrar nunca en turno á los sentimientos de mi corazon; luego, interrumpiéndose de repente, vertia abundantes lágrimas y decia que él solo era desgraciado. Si se le oia, yo no le amaba; entonces yo le consolaba y la confesion de mi amor se me escapaba ingenuamente de los labios.

— ¡Ah! decia, los juramentos no podrán convencerme; soy pobre, y mi mala fortuna aleja de mi lado lo mismo á la hija que al padre.

Cai en sus brazos, dijo Rosa sollozando, y lo que el amor no hubiera obtenido, me lo hizo conceder la sola reconvenccion de falta de generosidad.

(Se continuará.)

## Los últimos cuentos de Edgardo Poe.

(Conclusion.)

Cardaba estas obras con una almohaza, y echando despues el producto en un tamiz, separaba con cuidado cuanto podia parecer honesto (casi nada), y no conservando mas que las frases insolentes, las colocaba en un pimentero horadado de agujeros longitudinales, de manera que pudiese pasar por ellos una sentencia entera sin violentarla. Terminados estos preparativos no quedaba ya mas que aplicar la mezcla. Cuando se me encargaba hiciese el Thomas Hawk, frotaba una página de papel de estraza con clara de «huevo de ánsar»; reducía á pedazos la cosa de que tenia que ocuparme por el mismo procedimiento que habia empleado para los otros ingredientes; pero con mas atencion, de modo que quedase separada cada palabra; mezclaba los nuevos retales con los antiguos, sacudia el pimentero y salpicaba la hoja bañada con la clara de huevo con el contenido, que quedaba pegado á ella. Esto producía un efecto arrebatador. ¡Aquello era admirable! Puedo decir que los traslados que obtuve por procedimiento tan sencillo no han tenido igual. Al principio, por pura modestia resultado de mi inexperiencia, me desorienté un poco por cierta falta de armonia en el conjunto, y cierto aire de «rareza» que notaba; porque todas las frases no «se ajustaban» bien, para valerme de una expresion latina. Algunas carecian de aplomo; muchas caian al revés, y las víctimas de este percance se hallaban siempre mas ó menos imperfectas, cosa que dañaba al efecto general, excepto los párrafos de M. Lewis Clark, demasiado vigorosos y sustancialmente sólidos para que la posicion mas extravagante pudiera desconcertarlos, apareciendo siempre graciosos y chistosos, cayesen de piés ó de cabeza.

¿Qué aconteció al director del *Tábano* despues de la publicacion de mi crítica sobre el Aceite de Bob? Me es bastante difícil decirlo. La hipótesis mas razonable es que vertió cuantas lágrimas contenia su cuerpo y murió de pesar.

Sea de ello lo que quiera, lo cierto fué que desapareció repentinamente de la superficie de la tierra, y desde entonces hasta el presente nadie ha vuelto á ver ni siquiera la sombra de aquel pobre hombre.

El éxito con que desempeñé mi misión apaciguando las furias, me valió inmediatamente el alto favor de M. Crab. Concediéndome toda su confianza, me dió la plaza oficial de Thomas Havk del *Caramelo*, y no permitiéndole el estado de su tesoro señalarme asignación, me permitió aprovechar discrecionalmente sus consejos.

— Mi querido Thingum, me dijo un día después de comer; admiro vuestros talentos y os quiero como á un hijo. Sereis mi heredero. A mi muerte os legaré el *Caramelo*; pero entre tanto, quiero protegeros, — estoy decidido á ello, — siempre que sigais mis consejos. Es necesario comenzar por desembarazaros del viejo gruñón; — esto es muy importante para vos.

— ¡Viejo gruñón!... ¿quién es?

— Vuestro padre.

— Justamente, repliqué, habria debido adivinarlo.

Aun os queda por hacer vuestra fortuna, Thingum, continuó M. Crab, y el tener un padre como este equivale para vos á una piedra amarrada al cuello. Es preciso cortar la cuerda cuanto antes (*yo saqué mi cuchillo*). Si, hay que cortarla y para siempre, prosiguió M. Crab. Con vuestro padre no llegareis á nada, yo os lo afirmo. Y reflexionándolo, creo que el mejor medio seria quizá darle de puntapiés ó de palos, ó algo por este género.

— ¿Os parece que podría principiarse por los puntapiés para continuar con los palos y acabar la sesión tirándole de las narices? pregunté con aire modesto.

M. Crab me contempló durante algunos minutos con mucha atención, y luego respondió:

— Creo, M. Bob, que el medio que proponeis no es malo para llenar los fines, al menos hasta cierto punto; mas es muy difícil romper toda clase de relaciones con un barbero, y en suma, creo que después de haber sometido á Tomás Bob á las operaciones que acabais de enumerar, sería prudente ennegrecerle los ojos con vuestros puños de un modo bastante completo para que nunca os pueda saludar en un paseo fashionable. Cumplido este deber, no veo que tengais que tomar ninguna otra medida. Sin embargo, no hariais mal en echarle á rodar por el arroyo y entregarle después en manos de un policeman. Al otro día podeis elegir vuestra hora para pasar á la cárcel y afirmar con juramento que él se ha entregado á vís de hecho contra vuestra persona.

Me enterneí con la bondad que me manifestaba M. Crab, y me apresuré á poner en planta sus buenos consejos. En breve me sentí mas independiente. Durante muchas semanas la falta de dinero me causó algunos enojos; pero en fin, á fuerza de utilizar mis dos ojos para observar cómo marchaban las cosas al extremo de mi nariz, vi de qué manera podía salir del apuro.

Mi plan era sencillo en extremo.

Compré por poco ó nada la décimasexta parte de la *Tortuga rabiosa*; la jugada estaba hecha, y mi fortuna era cosa segura.

Es verdad que hubo que allanar ciertas dificultades posteriores; pero estas no entraban en mi plan, fueron su consecuencia.

Por ejemplo, me proporcioné plumas, tinta y papel, y empleé todo esto con una actividad devoradora. Habiendo completado un artículo de revista, le intitulé *TARARIRA, por el autor del Aceite de Bob*, y le envié bajo un sobre al *Mochuelo sabio*.

Pero hé aquí que este periódico declaró que mi trabajo era un « ramillete de absurdos, » y entonces rebauticé mi novelita poniéndola *TRALALA*, por Thingum Bob, autor de la oda sobre el aceite de Bob, y director de la *Tortuga rabiosa*. Hecha esta corrección, volví á enviar mi escrito al *Mochuelo sabio*, y esperando la respuesta, publiqué cada día en mi periódico seis columnas de lo que se podía llamar un estudio filosófico y analítico sobre el mérito literario del *Mochuelo sabio*, no menos que sobre el talento personal del director de la dicha revista.

Al cabo de una semana el *Mochuelo sabio* descubrió que á consecuencia de un singular error « habia con-



El Bitricicle, nuevo omnibus de 52 asientos, inventado por M. J. Audineau.

fundido un estúpido artículo compuesto por un necio desconocido y titulado *TARARIRA*, con una perla que tenia un título bastante análogo, obra de Thingum Bob, esquire, el célebre autor del *Aceite de Bob*.

El redactor deploraba una equivocación muy natural, y además prometía insertar en su próximo número la obra auténtica del joven y ya famoso poeta.

El hecho es que yo pensé con toda sinceridad que el *Mochuelo sabio* se habia engañado verdaderamente. No he conocido á nadie que cometiera errores tan numerosos y tan singulares como el *Mochuelo sabio*.

Desde aquel día le cobré amistad, y así fué que no tardé en discernir hasta en sus mas ínfimos detalles las grandes cualidades literarias de esta revista, y hablé de ellas largamente en la *Tortuga* cada vez que se me presentó una ocasión favorable para ello.

Y por una curiosa coincidencia, por una de esas cosas extraordinarias, un cambio de opinión igual, un *antipodismo* semejante (si me es permitido emplear una imagen bastante expresiva de los indios chotaws) al que acababa de operarse por ambas partes en mis opiniones

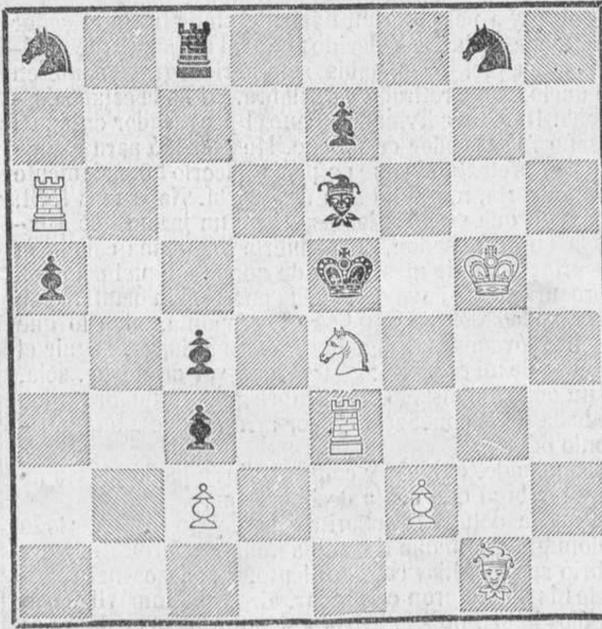
### Problemas de ajedrez.

Solucion del número 80.

- |   |                      |         |
|---|----------------------|---------|
| 1 | C come P CRa         | R 4a R  |
| 2 | Ra 5a Ra jaque       | R 3a AR |
| 3 | Ra 5a AR jaque-mate. |         |

PROBLEMA NUM. 81, POR M. C. BAYER.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en cuatro jugadas.

y las del *Mochuelo sabio*, vino poco tiempo después y en circunstancias idénticas á establecer una viva simpatía reciproca entre mi y el *Gangoso*, entre mi y el *Vocinglero*.

Solo desde aquel día puedo lisonjearme de haber comenzado realmente la carrera brillante y accidentada que me ha hecho ilustre y que me permite decir hoy con Chateaubriand: « Yo he hecho la historia. »

Con efecto, así ha sido. Desde la gloriosa época de que hablo, mis acciones, mis obras pertenecen á la humanidad. El mundo entero las sabe de memoria. Seria pues de todo punto ocioso el contar aquí cómo heredé el *Caramelo*, cómo hice la refundición de este periódico en el *Gangoso*, cómo compré el *Vocinglero* fusionando así tres revistas; cómo, después de haber concluido un trato que me hizo dueño del único rival que habia quedado en pie, reuní toda la literatura del país en una espléndida revista conocida en el universo con este título:

EL VOCINGLERO, EL CAMELO, EL GANGOSO Y EL MOCHUELO SABIO.

Seguramente, ya he hecho la historia. Mi fama cosmopolita se extiende hasta los sitios mas recónditos del globo. Nadie podrá tomar en manos un periódico cotidiano que no contenga alguna alusión al inmortal Thingum Bob. M. Thingum Bob ha dicho esto, ha escrito esto, ha hecho tal ó cual cosa. Pero yo soy modesto y muero lleno de humildad. ¿Qué es al cabo y al fin, ese inefable *no sé qué* que los hombres se obstinan en bautizar con el nombre de genio? De acuerdo con Buffon y con Kogarth, creo que no es mas que una actividad extraordinaria.

¡Gran Dios! ¡Cuánto he escrito! ¿Qué es lo que he escrito? De día y de noche estaba con la pluma. Entonces tenia yo que ver. Me inclinaba á la derecha, á la izquierda, adelante, atrás, apenas tocaba á mi silla, en tanto que mi rostro rozaba el blanco papel. Y siempre, siempre escribia. En la alegría como en el dolor, escribia; á despecho del hambre y de la sed, escribia; que el sol ó la luna brillara en el horizonte, escribia. En cuanto á las materias de que he tratado, no es necesario recordarlas. El estilo, hé ahí lo esencial. El mio me viene de Groscharlatan — ¡bom! ¡bom! — y la muestra la teneis ante los ojos.

### El Bitricicle.

El sistema de locomoción pública en lo tocante á los omnibus, no se halla ya en armonía con las necesidades actuales que resultan del aumento de la población y del ensanche de Paris. Ahora bien, tomando en cuenta este estado de cosas, un fabricante de coches de Burdeos, M. J. Audineau, ha imaginado un nuevo sistema de omnibus de que se habla mucho estos días, y que pondrá los medios de viajar en armonía con las necesidades de la población parisiense.

El nuevo carruaje, que el inventor designa con el nombre de *bitricicle* (tiene seis ruedas), podrá contener hasta cincuenta y dos personas, veinte y ocho en el interior y veinte y cuatro en los bancos de la imperial; una tienda móvil de lienzo impermeable muy ligero, resguardará á los viajeros del sol y de la lluvia.

El *bitricicle* no será mas alto ni mas largo que los actuales omnibus, y únicamente tendrá sesenta centímetros mas de anchura, diferencia insignificante, sobre todo si se consideran las ventajas de este carruaje.

Por una feliz aplicación de las leyes dinámicas y mecánicas, este vehiculo no necesitará mas que tres caballos de frente para hacer con rapidez el trayecto mas largo, pesando apenas sobre el empedrado.

Además se observan en él todas las condiciones de seguridad que pueden apetecerse: el *bitricicle* no puede volcar; no hay que temer accidentes propios del sistema del carruaje que lo mismo puede transitar sobre cinco ruedas que sobre seis, sin perder nunca su equilibrio, pues su centro de gravedad establecido sobre mayores bases, no tiende á desviarse, aun cuando el eje llegara á romperse.

P. P.